

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

CENA DE TRAIDORES

*Curtis
Garland*



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

El cheque, ciertamente, estaba allí, prendido a la misiva, que se había escrito en papel *beige*, recio y crujiente, lo mismo que el sobre. Quinientas libras, pensó *Sir* Brian Woodward, era mucho dinero para compensar gastos de un traslado desde Londres a un lugar cercano a la capital, como allí figuraba escrito. Dobló cuidadosamente el papel bancario, pensando en devolverlo a su remitente en cuanto llegara a aquel lugar.

El mensaje le intrigaba, en verdad. No recordaba a amigo alguno que residiera en el punto de origen de aquella carta. Posiblemente algún viejo amigo pretendía darle una pequeña sorpresa, pensó para sí. Después de todo, no eran muchas las personas que conocían su dirección particular en Londres. Habitualmente, recibía el correo en su club o en las oficinas del Ministerio.



Curtis Garland

Cena de traidores

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1618

ePub r1.0

Lds 10.05.19

Título original: *Cena de traidores*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: Jorge Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Era una misiva muy simple y muy breve:

«Ruego a usted se persone en las señas abajo indicadas, en la tarde del día veinte de enero del presente año, a las seis en punto, para recordar viejos y amables tiempos. Traiga consigo sus pertenencias para un grato fin de semana. Atentamente, su buen amigo...».

La firma era ilegible. Pero la escritura resultaba elegante, de trazo preciosista, evidenciando sensibilidad y cultura en la persona que la utilizaba. Además, en la carta había una breve postdata que explicaba ciertos aspectos del envío. También resultaba muy breve:

«P. D. Adjunto un itinerario correcto para localizar el lugar de reunión. Igualmente, para posibles gastos de desplazamiento y molestias, me permito adjuntarle un cheque por valor de quinientas libras».

El cheque, ciertamente, estaba allí, prendido a la misiva, que se había escrito en papel *beige*, recio y crujiente, lo mismo que el sobre. Quinientas libras, pensó *Sir* Brian Woodward, era mucho dinero para compensar gastos de un traslado desde Londres a un lugar cercano a la capital, como allí figuraba escrito. Dobló cuidadosamente el papel bancario, pensando en devolverlo a su

remitente en cuanto llegara a aquel lugar.

El mensaje le intrigaba, en verdad. No recordaba a amigo alguno que residiera en el punto de origen de aquella carta. Posiblemente algún viejo amigo pretendía darle una pequeña sorpresa, pensó para sí. Después de todo, no eran muchas las personas que conocían su dirección particular en Londres. Habitualmente, recibía el correo en su club o en las oficinas del Ministerio.

Sir Brian era un hombre de rápidas decisiones. Si albergó duda al recibir el mensaje, ahora ya no existía en absoluto. Estaba resuelto a acudir a la cita. No esperaba que fuese una broma de mal gusto. La persona capaz de escribir de ese modo pulcro y distinguido, no podía ser un bromista de esa clase, estaba seguro de ello.

—El próximo fin de semana no podré acompañaros a Dover —dijo a su esposa, sin más explicaciones—. Tengo una cita con unos viejos amigos, querida.

—Bien, Brian —suspiró *lady* Woodward, habituada a las ausencias de su esposo por motivos de viejas amistades—. Iremos Harry y yo solos una vez más...

Y siguió su tarea de despachar el correo personal, inclinada sobre su secreter, sin dar más importancia al asunto, ya que era frecuente que ella y su hijo tuvieran que salir de Londres sin la presencia de su marido.

* * *

El texto era el mismo, pero el destinatario alguien muy diferente en esta ocasión. Heinrich von Klein leyó detenidamente el mensaje recibido por correo aéreo en su pequeña y acogedora casa de Munich. Venía escrita en inglés, pero él conocía bien aquel idioma. Sorprendido, examinó después el talón de una firma bancaria londinense, dirigido a su nombre, por valor de mil libras. Era suficiente dinero para compensar de los gastos de un viaje a Londres, la verdad.

Von Klein se frotó el mentón, la mirada perdida en las cimas nevadas de los Alpes bávaros. Era extraño, pensó, que tantos años después, tuviera que ir a Inglaterra, requerido por alguien que decía desear «recordar viejos y amables tiempos». Los tiempos que él

podía evocar, en relación con los ingleses, distaban mucho de ser amables. Pero claro, de eso hacía ya treinta años. Demasiados, para guardar rencores ni rechazar una invitación así.

Después de todo, era un hombre solo y podía permitirse el lujo de ir adonde quisiera sin tener que dar explicaciones a nadie. Una visita a Inglaterra no era despreciable, a fin de cuentas, si algún viejo amigo pagaba los gastos.

Decididamente, descolgó el teléfono, tras buscar en una agenda el número de su oficina habitual de viajes. Pidió un billete de avión para Londres, con fecha diecinueve de enero.

—Bien... —suspiró al final, agitando el talón bancario como si fuese un abanico, la mirada fija aún en el sol que doraba fríamente las nieves alpinas—. Esperemos que nunca tenga que arrepentirme de haber aceptado esta extraña invitación...

* * *

El general Ronald Evans arrugó su blanco ceño. Las cejas hirsutas parecieron dos masas algodonosas arrugándose sobre la dura mirada azul. Sacudió la cabeza, malhumorado.

—Bah... —farfulló—. ¿Quién será el loco que pretende que acuda a semejante fin de semana? Si al menos fuera legible su nombre... Ni siquiera en el talón bancario se ve claro quién es su librador. No me gusta esto. Decididamente, no iré. Tengo demasiadas cosas que hacer en Europa, con los asuntos de la OTAN, para lanzarme a perder unos días con sabe Dios qué viejo y pelmazo conocido. Al diablo con ello.

Y estrujó decididamente la carta, arrojándola al cesto de los papeles. Estuvo a punto de hacer lo mismo con el cheque, pero resolvió que era más correcto meterlo en un sobre y remitirlo a las señas indicadas en el remitente de la invitación, como clara respuesta negativa.

En ese momento, sonó el teléfono. Gruñendo algo entre dientes, terminó de abotonar su guerrera repleta de condecoraciones, y se encaminó al aparato telefónico.

—¿Quién llama? —preguntó.

—General, ¿es usted? —Sonó una voz al otro extremo del hilo—. Perdona la molestia. Le llama Nigel Murray, señor.

—Oh, Murray, muchacho —asintió el militar vivamente—. No esperaba noticias tuyas. Creí que estabas lejos de Inglaterra en estos momentos...

—Y así es, general. Acabo de regresar de Hong Kong, señor. Ya sabe, asuntos del oficio...

—Claro, claro —sonrió ladinamente el militar—. Asuntos del «oficio». Entiendo. Yo también tengo algo de eso. Salgo hoy mismo para Bruselas. Ya sabes que el martes se inicia una importante reunión de altos mandos de la OTAN, en relación con los problemas actuales relacionados con las maniobras del Pacto de Varsovia y la situación polaca y rumana.

—Sí, entiendo, señor. Creo que le molesto entonces a destiempo...

—Murray, muchacho, tú nunca puedes molestarme lo más mínimo —se suavizó ostensiblemente el tono del militar—. Ambos hemos colaborado estrechamente en demasiadas cosas para que nos podamos molestar mutuamente. Dime qué sucede, la razón de tu llamada, y gustosamente te atenderé en lo que sea.

—General, he recibido una misiva muy curiosa. Me esperaba en mi casa de Londres. Y con ella, un cheque por valor de quinientas libras.

—¿Tú también? —se sorprendió el general Evans.

—¿Cómo? ¿Ha recibido esa carta usted, señor? —El tono de Murray también era de extrañeza.

—Supongo que muy parecida a la tuya. Y con un cheque por ese valor, efectivamente. Acabo de arrojar la carta a la papelería. No pienso acudir, por supuesto. Ni siquiera he podido identificar a su remitente.

—Yo tampoco, señor, pero...

—Pero ¿qué, Murray? —comenzó a impacientarse el militar, consultando su reloj.

—Me ha parecido entrever en los trazos de la firma dos iniciales: L. P.

—¿Y...?

—Repasando mis recuerdos, mis viejas amistades y todo eso, no he dado con nadie que responda a esas iniciales, salvo una persona. Una persona con quien no llegué a tener amistad alguna, ciertamente, pero a quien conocí en circunstancias muy especiales,

en los últimos años de la guerra.

—¿A quién se refiere?

—A Lindsay Perry, general.

—Lindsay Perry... —repitió el militar, perplejo—. No logro recordar a nadie de ese nombre, Murray.

—Trate de hacerlo, señor. Treinta años atrás, a finales de la guerra... Una mujer, casi una niña..., casada con un viejo camarada común de ambos.

—Perry... —El general dilató sus ojos—. ¡Dios mío, no! No puede ser ella...

—¿Por qué no? Lindsay Perry, la esposa del mayor Kenneth Perry, señor. No caigo en otra persona posible.

—Espera, Murray —se mostró nervioso el general, humedeciendo sus labios—. Voy a recoger de la papelería ese escrito. Trataré de comprobar si, en efecto, pueden ser una letra L y una P...

Dejó descolgado el teléfono, recuperó el papel arrugado y lo extendió sobre la mesa. Examinó críticamente la firma. Tomó el teléfono.

—Creo que tienes razón —admitió—. Una L y una P entrelazadas curiosamente, como un bordado de sábana...

—Eso es, señor. Me alegra que estemos de acuerdo. ¿Sigue pensando en irse a Bélgica?

—No tengo otro remedio. Hay que preparar esa conferencia, muchacho.

—Pero aún tiene tiempo, general. El viernes puede ir allí y marcharse antes de que termine la semana, pongamos el sábado o domingo. Hasta el martes que se inicia la conferencia de Bruselas, dispone de tiempo sobrado. No sería justo rechazar la invitación de esa mujer. Usted sabe por qué, señor.

—Aquello era la guerra, Murray. Ni tú ni yo tuvimos la culpa de lo que pasó.

—Ni yo he dicho eso, señor —suspiró Murray—. Pero creo que moralmente, estamos obligados a asistir. Pienso que renunciar a ello, sería una especie de cobardía, un afán de rehuir el enfrentamiento con el pasado...

—Está bien —rezongó el militar, malhumorado—. Acudiré, si es eso lo que deseas. Pero bien entendido que sólo me quedaré allí a

cenar, todo lo más.

—Gracias, general. Creo que es lo menos que debemos hacer. Ella, sin duda, nos lo agradecerá. Cuando ha escrito esas cartas después de tantos años, es señal de que los recuerdos aún están vivos en su mente...

—Y quizás también las cicatrices sangrando, Murray.

—Quizás, señor. Pero nuestra ausencia no contribuirá precisamente a curarlas. Siempre deseé ver de nuevo a Lindsay Perry. La vida me lo impidió.

Ahora que ella nos llama, creo que debemos acudir.

—Nos veremos en ese lugar, Murray. El viernes a las seis.

—Perfecto, señor. A las seis en punto estaré allí —prometió Murray—. Y... gracias.

Colgó. Pensativo, regresó a su mesa de trabajo. Pulsó el intercomunicador.

—Anule mi viaje a Bruselas para hoy, Grace —dijo a su secretaria—. Tomaré el avión el sábado próximo, día veintiuno...

—Bien, señor —asintió su empleada respetuosamente.

* * *

Giacomo de Lucca parpadeó, estupefacto. Dejó sobre el mostrador su vaso de cerveza y relejó de nuevo la carta recién abierta. Alguien, cerca de él, comentó burlón:

—Eh, Giacomo, ¿qué es eso? ¿Te envían un cheque por correo? No sabía que fueses un hombre de negocios...

De Lucca gruñó algo entre dientes y se apartó del mostrador del pequeño bar pueblerino. Acodado en una máquina del millón, relejó otra vez aquellas líneas escritas en inglés. Luego, contempló el talón bancario.

—¡*Mamma mía!* —exclamó, mesándose sus blancos cabellos—. ¡Mil libras! Un cheque conformado por el Banco inglés. Eso quiere decir que puedo cobrarlas ahora mismo, antes de que *il signore* Traverso cierre el banco... ¡Mil libras! Y hace diez minutos estaba preguntándome cómo pasar el resto de semana, hasta que cobre la pensión... *Dio*, qué cosas tiene la vida... ¿Quién será el benefactor? No adivino nada, no entiendo esa firma... Pero sin duda es un viejo amigo inglés. Sólo conocí ingleses durante la guerra. Africa, Italia...

En todas partes los encontré. Pero eran enemigos... Bueno, no todos, después de Badoglio, pero... En fin, no entiendo nada.

Salió del bar, trompicando. Fue al banco local, situado enfrente, en la plazoleta principal del pueblo siciliano, junto a los porches del Ayuntamiento. El señor Traverso, su director, y los demás empleados le miraron con asombro. Estaban habituados a pagarle la pensión. Pero nunca un cheque por valor de mil libras esterlinas. Y no había duda. El propio *signore* Traverso lo examinó, estupefacto. Era un cheque perfectamente legal, extendido a nombre de Giacomo de Lucca, y conformado por el propio Banco británico, con sello y firma. Era pagadero en el acto, por tanto.

—Giacomo, muchacho, ¿es que ha cobrado una herencia? —rió el cajero al poner ante Giacomo un enorme montón de billetes de mil liras.

—Algo parecido. Lo malo es que ni siquiera sé si alguien se ha muerto —sonrió el veterano soldado, usando dificultosamente su brazo izquierdo, con el recuerdo de la metralla aliada en sus dedos rotos y en sus tendones y huesos soldados de mala manera en un hospital de campaña, treinta años atrás—. Pero este dinero me hace un hombre nuevo, diferente. Claro que debo ir a Inglaterra esta semana. Espero que me sobre algo...

—¿Inglaterra? —El *signore* Traverso frunció el ceño—. ¿Tan lejos tienes que ir?

—Si no fuera por eso, no hubiera recibido ese cheque, *signore*. Supongo que debo tomar un avión...

—¿Cuándo tienes que estar en Inglaterra, Giacomo?

—El viernes veinte.

—Oh, entonces tienes tiempo. Te ahorrarás mucho dinero si vas a Roma en tren, y desde allí, en otro tren, a París. Un tercer tren te llevará a Calais, y desde allí, el *ferry* hasta Inglaterra. El viaje será más largo y pesado, pero midiendo tus gastos puedes volver del mismo modo aquí con una respetable suma de ese dinero. ¿Qué te parece la idea?

—Excelente, *signore* Traverso —se entusiasmó de Lucca, brillándole los ojos—. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra.

—Perfecto, muchacho —aprobó paternalmente el banquero, echándole un brazo sobre los hombros—. En ese caso, ingresa aquí tu dinero para no malgastarlo, perderlo o correr el riesgo de que

algún granuja te estafe o te lo robe. Yo te diré cómo debes viajar con unos *traveller checks* y un poco de efectivo, para no correr riesgos en ningún momento.

—De acuerdo, *signore*. Desde hoy, soy su cliente —y al decirlo, se sintió tan importante como el *signore* Sforza, el alcalde, o el muy honorable *signore* Luppi, el boticario.

* * *

Amanda Lawford tomó el sujetador de encima de su cama. Le costó adaptarlo a las prominencias carnosas y firmes de sus grandes pechos. Orgullosa, se contempló en el espejo, con aquella arrogancia sensual que emanaba de su figura incluso ahora.

—Sigues siendo deseable, Amanda —se dijo a sí misma, acariciando la curva generosa de sus senos y caderas, hasta dejar los dedos apoyados en los largos muslos—. A tus casi cincuenta años de edad, pareces tener treinta, y cinco. Y tus pechos no se caen todavía. Ni tus carnes son blandas. Seguro que todavía puedes volver loco a más de un hombre...

Sonrió, empezando a abotonarse la blusa, mientras dirigía Su mirada distraída a la carta depositada en la mesilla de noche. Arrugó el ceño, pensativa. El color verdoso del talón bancario destacaba sobre el mármol de la mesilla.

—Quinientas libras —se dijo—. Solamente por recorrer unas pocas millas fuera de Londres y pasar un fin de semana en alguna parte, con alguien a quien no recuerdo. Es posible que sea un antiguo amor, nostálgico del pasado. Sea quien sea, pienso ir. Una persona que regala quinientas libras sólo para gastos de viaje a un lugar cercano a Londres, debe ser lo bastante generoso para poder sacarle más, llegado el momento. Sobre todo, si se utilizar mis encantos. Y si es un hombre, claro está...

Rió complacida. Decididamente, iría a ese *week-end*

que comenzaba bajo tan buenos auspicios. Por quinientas libras, había pocas cosas que ella no fuese capaz de hacer en este mundo. Amanda Lawford era una mujer muy decidida. Quizás por eso había sobrevivido a los malos tiempos. Y a su propia edad.

CAPÍTULO II

Gary Yates estudió la oferta en silencio.

Habitualmente, no era ésta la forma en que se le ofrecían los trabajos. Pero el cliente siempre tiene razón cuando paga bien. Éste era el caso concreto en que toda la razón estaba de parte del cliente.

—Dos mil libras por tres días de trabajo —repitió, pensativo, acariciándose la mandíbula—. Extraña oferta... Y muy generosa, ciertamente.

Revisó las líneas mecanografiadas en el folio. Eran las condiciones exigidas por su cliente.

«Primera: debe ir armado, tener licencia de armas y estar dispuesto a usarlas en defensa de su cliente, sin preguntar las razones. Pero seguro de que sólo va a emplear ese arma en legítima defensa y nada más.

»Segundo: es preferible que domine artes marciales o medios de lucha adecuados.

»Tercero: debe vestir bien y ocultar en todo momento su condición de guardaespaldas personal ante los demás. Se comportará correcta y adecuadamente en todo momento.

»Cuarto: las jornadas de trabajo serán solamente tres. Viernes, sábado y domingo. Cuando amanezca el lunes, su tarea habrá concluido, salvo caso excepcional que implicaría un aumento inmediato de honorarios.

»Quinto: no debe intervenir en los asuntos personales de su cliente ni tomar otro partido, ocurra

lo que ocurra, que el que su cliente le exige.

»Sexto: todo cuanto vea, oiga y presencie, será total y absolutamente confidencial y estará obligado a guardar riguroso silencio sobre todo ello, siempre que con ello no quebrante la ley.

»La firma de estas condiciones significan su plena aceptación y el compromiso formal de cumplirlas y de admitir que responde a las demandas que así se le exigen en este documento.

»A cambio de ello, y tras una simple llamada telefónica al número que se le adjunta, podrá pasar por el Banco de Londres, donde tendrá a su nombre un cheque bancario por la cuantía de dos mil libras que podrá hacer efectivas en el acto, y que su cliente habrá previamente confirmado a la firma bancaria».

Una firma ilegible aparecía allí, en original y copia. El debía firmar, devolver el original a las señas indicadas y quedarse la copia. Lo meditó unos momentos más.

El era el hombre adecuado y su misterioso cliente parecía saberlo bien. Poseía licencia de armas, sabía usar una pistola o un rifle, y dominaba las Artes Marciales. Era joven, alto, elegante y de buen aspecto. Podía pasar por un invitado o un familiar, sin despertar sospechas. Además, no tenía mucho trabajo y su reserva monetaria era muy escasa. De modo que no podía permitirse muchos escrúpulos a la hora de aceptar una tarea. Algo en aquella oferta no acababa de gustarle. Pero le encantaban las dos mil libras.

Y firmó.

De ese modo, Gary Yates, investigador privado y cobrador de impagados con una sórdida agencia en el Soho londinense, se embarcó en una aventura cuyo final desconocía.

Hizo una llamada telefónica. Depositó en Correos la respuesta firmada. Horas después, al presentarse en el Banco de Londres, le confirmaron que tenía allí un cheque a su nombre, por valor de dos mil libras.

Se fue a cenar para celebrarlo. Era miércoles todavía. Cuarenta y ocho horas más tarde, la aventura habría comenzado para él.

Long Medford, Condado de Suffolk. Entre Sudbury y Saint Edmonds, con carretera regional desde Saffron Warden y con un monasterio por toda atracción turística, destacando por encima de los tejados de pizarra y las tradicionales chimeneas inglesas que remataban los edificios escalonados, de oscuros ladrillos y coloreadas fachadas.

Ése era su lugar de destino.

Gary Yates detuvo su viejo coche de tercera mano, jadeante y cansino, junto a la valla metálica de un colegio, a la entrada de la población, y contempló sus calles pintorescas, en las que la creciente oscuridad de un atardecer prematuro, a causa del denso nublado, estaba poniendo ya las notas luminosas de las viejas farolas de alumbrado y algún que otro escaparate, no demasiados. El suelo se hallaba húmedo en muchos puntos aunque todavía no había llovido, y el pavimento de Long Medford estaba aún empedrado en gran parte de sus calles empinadas.

El joven detective privado suspiró, meneando la cabeza. No resultaba demasiado esperanzador el lugar. Debía ser aburrido y triste en la mayor parte del otoño y el invierno. Pero él no pensaba permanecer tanto tiempo allí. En cuanto hubiera cumplido su tarea, regresaría a Londres sin perder tiempo. A fin de cuentas, se trataba de permanecer allí solamente la tarde y noche de este viernes, el sábado y el domingo, dando por finalizada la labor el lunes siguiente. Muy poco tiempo para cobrar por ello dos mil libras por anticipado. Se preguntó si éste sería uno de esos extraños prodigios que solamente ocurren en las novelas, o si habría gato encerrado detrás de aquella tentadora oferta.

—Al diablo con eso —gruñó para sí, releiendo la dirección en el mensaje recibido—. Por dos mil libras vale la pena afrontar lo que sea.

Y reanudó la marcha, con el motor renqueando trabajosamente para subir la cuesta de la calle, entre hileras de edificios feos y sucios. No había querido cambiar de coche por el momento, aunque sí de traje. Ahora, al menos, Yates vestía un terno azul marino, una camisa nueva y una corbata, haciendo juego con sus flamantes zapatos negros. Quería causar buena impresión en su lugar de

destino, y sus raídas ropas de antes no hubieran servido en absoluto para ello.

Los grises y agudos ojos de Yates escudriñaron a las personas hurañas y de rápido paso con las que se cruzó. Nadie le hacía demasiado caso, aunque su matrícula londinense atrajera algunas miradas curiosas, y por lo que pudo observar, la gente que volvía a casa desde sus lugares de trabajo, para ganarse el descanso del fin de semana, no daban la impresión de ser excesivamente felices. Observó que muchos de ellos llevaban consigo un pequeño maletín metálico para guardar el almuerzo y entraban con gesto cansado en dos tabernas por las que se cruzó y que empezaban a expender bebidas alcohólicas en esos momentos. Eran las cuatro y media de la tarde.

Rodó cuesta abajo por otra empinada calle, antes de ver el indicador que señalaba hacia un punto concreto: «*A Market News, una milla*».

Market News. Ése era el lugar. Allí debía acudir para iniciar su tarea. Rodó a buena marcha por una estrecha pero bien cuidada carretera vecinal, dejando atrás el centro urbano y viendo la ruta flanqueada solamente por altos árboles, pelados de ramas en su mayor parte. En la distancia, humeaban unas altas chimeneas de alguna factoría. Sin duda, el trabajo de las gentes de la localidad giraba en torno a industrias metalúrgicas y cosas así, pensó Yates, con la vista fija en el sendero a recorrer.

Pronto alcanzó Market News. Como su nombre indicaba, eran unos viejos establos, convertidos en una residencia, de ladrillos rojos, tejados grises y numerosas chimeneas, cercados por una alta valla también de ladrillo, tras la cual se extendían setos bien recortados, en dirección a la puerta principal de la edificación principal. Yates no vislumbró por parte alguna huellas de caballos o animales que justificaran la existencia de establos, lo cual le confirmó en su primera impresión de que Market News había sido habilitada como residencia particular, renunciando a su utilidad inicial.

La puerta de la cerca estaba abierta, formada por dos hojas de hierro con gruesos barrotes y una flecha sobre la arcada también de metal: 1890. Era, sin duda, la época en que fue construido aquel lugar. Un paraje puramente Victoriano, sin duda alguna. Desde allí,

dada la elevación del terreno, le fue dado contemplar una panorámica pintoresca de la campiña de Suffolk, con Long Medford en medio, y las lucecitas brillando en sus calles y edificios.

Entró en el coche, haciendo sonar el claxon tres veces. Se detuvo en un claro, frente a un portón de uno de los viejos establos, preguntándose si sería aquél el garaje destinado a los visitantes. Una puerta chirrió en alguna parte y unos pasos sonaron tras uno de los setos, aproximándose adonde él estaba.

Finalmente, le fue dado ver la primera persona viviente de Market News.

Y lo cierto es que no le resultó en absoluto desagradable. Más bien todo lo contrario.

La persona era una mujer. Joven, pelirroja, de rostro atractivo, labios gordezuelos, ojos pardos y nariz breve. Tenía unas bellas formas y, aunque algo rústica, su atractivo físico era evidente. Debajo de su cofia, su delantal blanco almidonado y su uniforme gris oscuro, era fácil adivinar unos pechos firmes y juveniles, unas redondeadas caderas y unos muslos fuertemente apretados por la falda.

—Buenas tardes —saludó ella graciosamente, dirigiéndole una sonrisa—. Soy Sue Peters, la doncella.

—Yo Gary Yates —dijo él—. ¿Le hablaron de mí?

—Desde luego —afirmó ella. Señaló el portalón—. Puede dejar ahí su coche. No es un garaje propiamente dicho, pero vale sobradamente para acoger una docena de automóviles en su interior. Antiguamente fue un establo capaz para una veintena de caballos.

Gary comprobó que eso era cierto. Una enorme nave, con separaciones medio derribadas para dejar más espacio y con bóveda muy alta, se mostró ante él al cruzar el portalón con su viejo coche. Era fácil suponer la existencia de numerosos caballos acomodados en cada compartimento, atados a las argollas que aún permanecían en el muro. Aparcó al fondo, por si llegaba alguno más, y regresó al exterior, donde la joven doncella le dirigió una amable sonrisa.

—Sígame, señor Yates —dijo—. Le esperan ya en la casa.

—Lo imagino. Debí venir antes, pero me demoré en el viaje.

—No importa. Los demás no han comenzado a llegar aún.

—¿Los demás? —Gary frunció el ceño—. ¿Esperan a otras

personas?

—Por supuesto. La señora ha invitado a varios huéspedes. Está esperándoles.

—¿La... *señora*? —Yates volvió a repetir las palabras de la pelirroja doncella—. ¿Es una mujer la propietaria de todo esto?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No tenía la menor idea de ello —evocó la firma ilegible y el nombre al que había dirigido su respuesta, ya firmada: L. Perry. Ahora averiguaba que se trataba de una mujer—. ¿Lleva usted mucho tiempo aquí, Sue?

—Solamente un día —sonrió la joven—. Llagué ayer, señor Yates.

—Ya veo. Todos tenemos muy poca experiencia en el empleo, ¿no?

—Eso parece. El mayordomo y jardinero, Adrián Marley, también llegó el miércoles pero no había nadie en la casa. Le habían dejado una llave bajo el seto, junto a la entrada, conforme le indicaron en las instrucciones. La señora Perry no apareció por aquí hasta esta mañana.

—¿Son ustedes dos todo el servicio de la casa?

—Casi todo —asintió la doncella—. Marley y yo, y una cocinera, la señora Darrow, sorda como una tapia.

—¿Qué tal es la señora?

—Elegante y educada. Muy correcta y severa. Muy bella también, aunque sin duda tiene casi cincuenta años. Eso sí, se conserva muy joven y cuidada. Nos trata muy amablemente, aunque resulta algo fría.

—Entiendo. —Yates arrugó el ceño, frotándose el mentón, pensativo—. ¿Han sido contratados para mucho tiempo?

—Para este fin de semana, simplemente. El lunes quedamos libres. Nos pagan muy bien, la verdad. ¿Y usted?

—Algo parecido. También terminé el lunes mi tarea. Curioso, ¿no?

—Mucho. —Sue Peters se encogió de hombros—. Pero nos han pagado como si trabajásemos dos o tres meses en un mismo lugar. No me importan las rarezas de la patrona. ¿En calidad de qué viene usted? ¿Secretario, ayudante personal de la señora...?

—Un poco de todo eso, según parece — eligió cuidadosamente

las palabras Yates—. Creo que aún tienen que darme instrucciones al respecto. ¿Dice que vendrán huéspedes?

—Sí, eso dijo la señora.

—¿También para el fin de semana?

—Eso parece.

—¿Muchos?

—Lo ignoro. No ha mencionado cifras, pero hay varias habitaciones preparadas en la planta alta. Yo diría que serán, al menos, cinco o seis.

—Todo esto resulta muy extraño, Sue.

—Es posible. Pero yo he cobrado ya mi sueldo. Y es muy generoso. Lo demás no me preocupa.

—Evidentemente, la señora es muy generosa con todo el mundo. Y puede serlo, porque dispone de dinero suficiente al parecer. Lo que me extraña es el objeto de todo esto. Si no vive habitualmente aquí, si no tiene servicio... ¿por qué ha citado a varios invitados en esta casa?

—No lo sé. Marley me ha dicho que el jardín estaba imposible cuando llegó. Se pasó trabajando todo el miércoles y la mañana de ayer, para dejarlo presentable. Cree que no se arreglaba al menos en tres o cuatro años. Todo tenía el aspecto de estar abandonado, excepto el interior de la casa. La encontró limpia y con las habitaciones dispuestas. Luego hemos sabido que una agencia local se ocupó de esa limpieza, por encargo postal, y les pagaron muy bien por dejarlo todo a punto.

—Cada vez más raro —meditó Yates en voz alta, caminando junto a la doncella, en dirección a la casa—. ¿Tiene instrucciones respecto a mí?

—Sí. Debo anunciarle a la señora en cuanto llegue y pasarle a su presencia.

—¿Y respecto a los huéspedes?

—También. Cree que empezarán a venir alrededor de las seis, si es que acuden a su llamada.

Gary no comentó nada. Entró en la casa con Sue. Tras la fachada de ladrillos rojos, descubrió una casa grande, bien amueblada, decorada a la antigua usanza y con abundancia de cortinajes, cuadros enmarcados y objetos tales como panoplias, armaduras y jarrones en las rinconeras. Al fondo, una amplia escalera de madera

conducía a una planta alta, con corredor, y balaustrada de nogal, asomada al vestíbulo. A ambos lados de éste, otras puertas encortinadas conducían a distintas dependencias de la planta baja.

—Una hermosa mansión, la verdad —comentó Yates, recorriendo todo con crítica ojeada—. ¿Sabe si es propiedad de la señora Perry?

—Lo ignoramos. Sea alquilada o propia, estoy de acuerdo con usted. Es una propiedad magnífica —suspiró Sue. Luego le señaló a la derecha—. ¿Quiere entrar allí, señor Yates? Es la biblioteca. Anunciaré su llegada a la señora.

—Bien. —Gary avanzó, asomando a un recinto confortable, de muros repletos de volúmenes, un ventanal encristalado, de vidrios emplomados, un hogar que ardía alegremente, extendiendo un grato calor por la ventana, y un gran retrato al óleo sobre la chimenea.

Yates observó el retrato, mientras el taconeo de Sue se alejaba y se perdía finalmente escaleras arriba. El óleo representaba a un hombre joven, fornido, rubio casi pelirrojo, grandes bigotes y sonrisa simpática, ojos muy azules y uniforme militar. Gary no era un experto en cosas de milicia, pero identificó ese uniforme como perteneciente a un cuerpo expedicionario británico propio para la guerra en Africa. La camisa caqui, de manga corta, y el casco militar, de forma peculiar, así lo denunciaban. La graduación del retratado era la de mayor. Llevaba una fusta en su mano.

Yates se detuvo ante la chimenea, frotándose las manos pensativo. El calor de los leños chisporroteantes alcanzó su cuerpo agradablemente. Meditó, tocándose instintivamente el bulto que hacía su arma en la axila, y recordó los términos del extraño contrato. Debía de dominar Artes Marciales y poder utilizar un arma de fuego con ciertas garantías. ¿De qué o de quién tenía que protegerse la señora Perry? ¿Por qué invitaba extraños a su casa, si corría algún peligro?

Estaba contemplando todavía el gran retrato sobre la repisa del hogar, en la que se veían viejas pipas de madera y de espuma, una caja de tabaco de lata decorada, y un estuche de terciopelo negro, forma oblonga, herméticamente cerrado, cuando una voz suave y tranquila, de extraordinaria firmeza, sonó a sus espaldas:

—¿Señor Gary Yates?

Se volvió. Contempló a la dama erguida en el umbral de la biblioteca. Ella se movió hacia él. Su figura se recortaba nítidamente contra la luz del vestíbulo. Tuvo que recordar las palabras de la doncella para admitir que aquel cuerpo femenino correspondiera a una mujer de edad madura. Parecía una joven. Alta, esbelta, bien formada, de movimientos lentos y ligeramente sinuosos. Vestía de oscuro, calzaba tacón alto y peinaba sus dorados cabellos hacia atrás, con media melena, dejando el óvalo de su rostro totalmente despejado.

Cuando la luz de la biblioteca inundó su rostro, las arrugas leves de su edad hicieron su aparición en el rostro femenino. Aun así, éste era hermoso, sereno y arrogante. Unos ojos verdes, profundos, brillaban llenos de vida bajo las cejas arqueadas, a ambos lados de la recta nariz. La boca, de labios delgados, mostraba el paréntesis de dos arrugas laterales.

Pero Yates hubiera dicho que la dama no tenía más de treinta y cinco años.

—Sí, señora —dijo lentamente—. Yo mismo.

—Ya veo que Sue le habló de mí —suspiró ella con una sonrisa, entrelazando sus manos alargadas, suaves, de dedos sensitivos. Al llegar ante él, le tendió una de ellas, que Yates rozó con sus labios, inclinándose cortés—. ¿Esperaba que fuese una mujer?

—No, señora.

—Yo tampoco esperaba que usted tuviese tan buen aspecto —ponderó ella—. Me informé previamente sobre usted.

Supe que era honrado, pero que se dedica a trabajos mediocres y nada brillantes.

—Le informaron bien. Si tengo mejor aspecto ahora, es gracias a su dinero, señora. Acabo de estrenar mis ropas. Las anteriores eran impresentables.

—Eso no importa. Si fuese un patán, importaría poco lo que llevase. Me gusta su aspecto, señor Yates. No parece un detective privado y menos aún un guardaespaldas.

Podremos decir que es... mi secretario. ¿Qué le parece?

—Bien, señora. Usted es quien dispone las cosas, después de todo.

—¿Viene armado?

—Claro —tocó significativamente su axila con un suave golpe de

mano—. Cumpló las condiciones estipuladas, señora.

—Bien —volvió a entrelazar sus dedos, aunque sin la menor señal de nerviosismo—. Espero invitados, también debe saberlo.

—Las doncellas siempre gustan de contar las cosas —sonrió Gary, asintiendo.

—Lo imaginaba —sonrió también ella—. Bien, señor Yates. Serán seis personas las que acudan... si no falla ninguna. Dos vienen de muy lejos. Las otras son de este país. Debe protegerme de ellos, ésa es su labor.

—Si teme algo por parte de sus invitados, ¿por qué los invitó?

La señora Perry paseó por la estancia, hasta detenerse ante la chimenea. Miró largamente el retrato del mayor. Su voz sonó firme:

—Tenía que hacerlo, señor Yates. Han pasado muchos años, quizá demasiados. Pero no me fue posible hacer antes todo esto, se lo aseguro. Debo reunir a mi mesa a esas personas. Sólo así sabré por qué ahora está él muerto —señaló hacia el gran retrato—. Y quizás, sólo así llegue a saber *quién de ellos le mató*.

CAPÍTULO III

Eran puntuales.

A las seis menos diez minutos, sonó el primer motor en el sendero de setos que conducía al improvisado garaje de Market News. A las seis en punto, llegó el segundo vehículo.

Y así, con márgenes máximos de cinco a diez minutos entre sí, fueron arribando hasta cinco coches a la finca. Uno de ellos conducía a dos personas, de modo que a las seis y veinte minutos, exactamente, habían llegado los seis invitados de la señora Perry. Dos de los vehículos se marcharon apenas dejaron a su ocupante en la mansión. Eran taxis alquilados para aquel viaje. Los dos viajeros eran extranjeros.

—Ya están todos aquí —dijo Lindsay Perry, la propietaria de la casa, cuando el último vehículo hubo entrado en la finca—. Ninguno faltó a la cita.

Gary Yates no comentó nada. A alguna distancia de la dama, miraba por una ventana la entrada del último coche, un Aston Martin rojo, en el garaje de Market News. Borrosamente, Yates vislumbró una melena oscura, una gran prominencia pectoral y unas espléndidas piernas entre un revoloteo de faldas, cuando el ocupante del Aston Martin descendió del mismo. El sexto huésped era una mujer.

—¿Quién es ella? —preguntó, sin volverse.

—¿Ella? —repitió, sorprendida, la voz de la señora Perry. Luego, pareció entender—. Oh, ya veo. Se refiere a Amanda Lawford... Tiene casi mi misma edad, señor Yates, no se haga ilusiones. Aunque ella, ciertamente, siempre ha sido más asequible que yo a las pretensiones de los hombres. Sobre todo, si son jóvenes y atractivos o... si son ricos, aunque no tengan encanto alguno.

—Comprendo —rió Yates entre dientes—. Una dama ambiciosa, pero también pasional.

—Sí, eso define muy bien a Amanda Lawford —dijo con cierto desdén la propietaria—. Creo que es el momento de bajar. Sue los habrá reunido a todos en el *living* o en la biblioteca, como le dije. Hay que darles la bienvenida. Es el deber de todo buen anfitrión, ¿no cree?

—¿Piensa ser el buen anfitrión con ellos?

—¿Por qué no? —Los ojos verdes buscaron los suyos.

—Usted dijo que uno de ellos mató al hombre del cuadro.

—Es la verdad.

—¿Quién era él? Me refiero al mayor...

—Mayor Kenneth Perry. Mi esposo.

—¿Cómo murió?

—En la Segunda Guerra Mundial.

—Creí que había hablado de... *asesínalo*, señora —le recordó suavemente Yates—. No de una acción de guerra.

—Es igual. Es como si le hubieran asesinado. Le vendieron, señor Yates. Alguien en quien él confiaba ciegamente le traicionó. Por eso le mataron. ¿Entiende ahora?

—Sí, creo que sí. ¿Eso es absolutamente seguro?

—Del todo. No me he pasado treinta años en vano, esperando este momento. Sé que una de las personas que ha venido hoy a esta casa fue culpable de su muerte. Quizás muchos de ellos le traicionaron. Pero sólo uno fue el causante directo de que cayera muerto en acción de guerra. Tengo las pruebas de ellos. Sólo me falta un nombre: el del culpable.

—¿Para eso ha montado este *week-end*

, señora Perry?

—Sí. Exclusivamente para eso.

—¿Y teme que alguno de ellos le cause daño?

—Temo que el culpable no desee ser desenmascarado aquí, en estos días. Por eso debo tomar mis precauciones, señor Yates.

—¿Valdrá la pena averiguar eso después de treinta años, señora? ¿Qué ganará, desempolvando viejos recuerdos?

—Hacer justicia.

—Es difícil que, tras tanto tiempo, se adopten medidas contra el

responsable. La ley puede que haya prescrito responsabilidades ya. En cuanto a los mandos militares, hoy no son ya los de entonces, ni un antiguo delito puede tener el mismo castigo que en su época...

—Señor Yates, si la ley no cumple su misión... yo haré que se cumpla —dijo fríamente la señora Perry, clavando en él sus verdes pupilas.

—Eso sería tomarse la justicia por su mano.

—¿Y qué?

—Habitualmente, eso es un delito. Sobre todo, si la forma de justicia consiste en tomarse vida por vida. La acusarían de asesinato a sangre fría. Recuerde: premeditación, alevosía y una serie de agravantes más...

—Eso importará poco, si se hace justicia. Ken merece que se haga algo en su memoria.

—¿Incluso matar?

—Incluso eso, señor Yates.

—Yo no podría ayudarla en eso. Recuerde que mi contrato no me obliga a transgredir las leyes...

—Ni yo se lo he pedido —cortó ella fríamente—. Sólo tiene que protegerme. Es su trabajo, señor Yates. Lo demás, es asunto mío. De momento, me voy a limitar a descubrir a un traidor. Eso es todo. Después... veremos lo que ocurre.

—Cuenta conmigo en ese sentido, señora Perry. Soy persona que acostumbra a cumplir lo que firma.

—Estoy segura de ello. Por eso me dirigí a usted. No buscaba un hombre brillante ni un gran detective, sino a una persona honrada. Eso es todo. Ahora, por favor, bajemos los dos. Es el momento de entrar en escena.

Gary Yates no dijo nada. Siguió en silencio a su nueva patrona, pensando que en las palabras de ésta había cierta exactitud al respecto. Todo había sido montado en Market Mews como un verdadero escenario teatral. Los personajes y el decorado estaban a punto. La primera actriz, dispuesta para su primera intervención.

Pero aquello no era una obra teatral, por mucho que ella lo hubiera dispuesto así. No manejaba seres imaginarios, trazados sobre unos folios, sino a auténticas personas, seres humanos con toda su carga de pasiones y sentimientos.

Además, ella misma había dicho que uno de ellos era un asesino

y un traidor.

Yates se preguntó si, al levantarse el telón, todo respondería al drama trazado previamente por Lindsay Perry, o si, como en una obra de Pirandello, sus personajes se rebelarían contra la autora, cobrando vida propia. Eso, en las actuales circunstancias, era un peligro demasiado serio. Para ella y para él mismo.

Pero estaba metido hasta el cuello en aquella farsa. Había aceptado su propio papel y debía intervenir en la escena. No podía volverse ahora atrás.

* * *

Los seis estaban en la sala, esperando.

Sue les había reunido en el *living*, en torno a una mesa donde había copas de oporto o jerez y un alto vaso de *whisky* y hielo. Al sonar las pisadas de la señora Perry, todos se volvieron hacia ella, con la intriga reflejada en su rostro. Hubo algunas exclamaciones de sorpresa. Yates observó, sin embargo, que dos de los presentes no reflejaban en sus facciones la menor extrañeza.

—Una mujer... —comentó uno de los presentes, con un inglés duro, de fuerte acento alemán—. No entiendo...

—Dios mío. Lindsay... —murmuró otro.

—La señora Perry —jadeó una tercera voz—. Ahora creo entender...

—Buenas tardes, caballeros. Señorita Lawford, bienvenidos todos a mi casa.

—De modo que era usted —dijo la única mujer del grupo, dando unos pasos hacia ella, con su copa de *sherry* en la mano. ¿Cuál es su juego de reunimos a todos aquí?

—Sencillamente, invitarles a mi casa a cenar y a pasar un grato fin de semana juntos, señorita Lawford —sonrió Lindsay Perry—. Eso es todo. Veo que no ha faltado nadie a mi cita, aunque alguno de ustedes tuvo que venir de muy lejos...

—Usted pagó de antemano nuestro viaje, ¿no es cierto? —sonrió suavemente uno de los allí reunidos, con un dulce, meloso inglés de aire latino.

—Cierto, mi querido señor De Lucca —suspiró ella, asintiendo—. Pero eso no quiere decir que tuvieran necesariamente que

escuchar mi llamada y asistir a esta reunión en Inglaterra.

—Yo no me la hubiera perdido por nada del mundo, aunque confieso mi sorpresa por todo esto —declaró el hombre alto, rígido, de aspecto alemán—. ¿Puede saberse por qué nos ha reunido usted a seis personas aquí? Temo no conocer a ninguna de ellas...

—El tiempo le hizo olvidar a algunas, sin duda. A otras, es posible que no las conozca de nada. Haré las presentaciones de modo general. Así, cada uno de ustedes sabrá de una vez por todas quién es el otro...

Hizo una pausa. Se encaminó al mueble-bar y tomó una copa. Miró a Yates. Éste enarcó las cejas, esperando algo. Ella miró con viveza hacia una botella determinada. El joven investigador la tomó. Era oportuno. Sirvió en la copa a Lindsay. Ella sonrió, inclinando graciosamente la cabeza.

—Gracias, Yates —murmuró—. Va a conocer ahora a todos nuestros invitados.

Señores, este caballero que me acompaña es mi secretario personal, Gary Yates.

Hubo diversas inclinaciones de cabeza, tan corteses como frías. Sólo la mirada de Amanda Lawford tuvo cierta vivacidad al contemplarle. Una sonrisa de complacencia se dibujó en sus labios carnosos y bien perfilados por el *rouge* labial. Evidentemente, era su aprobación al buen gusto que la señora de la casa demostraba para elegir secretarios. Amanda Lawford parecía ser una experta en hombres.

—Aquí están presentes *sir* Brian Woodward, ministro de la Corona —comenzó lentamente Lindsay, señalando a cada uno de sus invitados al mencionarlo—. El general Ronald Evans, de la Fuerza Aérea británica, ahora en la OTAN en otros tiempos jefe del *Intelligence Service*. El señor Nigel Murray, actualmente un alto cargo en el

MI-5

inglés, y toda su vida dedicado al Servicio Secreto, en el que ha sido uno de los más brillantes y condecorados agentes especiales. El señor Heinrich von Klein, ex militar alemán retirado, que en el pasado sirvió en los Servicios de Inteligencia del Tercer Reich, muy unido al parecer a la Gestapo y las SS.

El alemán dio un taconazo seco, se puso en posición de firmes y

rectificó, con tono grave:

—Hay un error en la presentación, *Frau Perry*. Nunca estuve ligado a la Gestapo ni a las SS. Me eran particularmente antipáticas. Sólo era un militar, un agente de mi Gobierno en la Inteligencia y, por encima de todo, un alemán.

—Perdonen si cometo algún error parecido —sonrió suavemente Lindsay—. Me limito a referir los hechos de cada uno de ustedes tal como llegaron a mi conocimiento. Sigamos. El señor Giacomo de Lucca, otro ex soldado, un italiano que conoció personalmente a mi esposo, el mayor Kenneth Perry durante la campaña de Italia, hace treinta y un años. El señor De Lucca sirvió en las fuerzas italianas que, unidas a los refuerzos alemanes, combatieron en Messina contra el VIII Ejército británico, con su graduación de teniente.

—Cierto, señora. —De Lucca tragó saliva, mirando con sorpresa e inquietud a su anfitriona—. Parece estar muy bien enterada de todo...

—De todo, señor De Lucca —ella le miró fijamente, con cierto brillo enigmático en sus ojos—. Absolutamente de *todo*.

El italiano pareció a punto de decir algo, pero optó por apretar los labios y callar, desviando su mirada de ella.

—Y, finalmente, llegamos a la única mujer que forma parte del grupo de mis invitados —completó con ironía la, voz de la señora Perry—. Amanda Lawford, entonces una bella muchacha sumamente joven, que formaba parte de ciertos servicios confidenciales del Gobierno británico. ¿Cierto?

—Muy cierto. —Amanda la contempló casi desafiante, con una mueca algo desdeñosa en su boca—. Pero de eso hace mucho tiempo ya. No he vuelto a esos juegos peligrosos jamás, aunque a veces se me pidió como un favor especial.

—Ahora ya se conocen todos entre sí —dijo Lindsay, como si ignorase el comentario de su invitada—. Espero pasen un feliz fin de semana en mi casa.

—Lamento no poder hacerlo, señora Parry —se disculpó vivamente el general Evans—. Me esperan en Bruselas. Mi cargo en la OTAN exige de mí ciertos sacrificios. Deberé marchar de su casa mañana por la tarde todo lo más.

—Yo también —corroboró Nigel Murray—. Tengo muy serios asuntos entre manos en estos momentos. Y usted bien sabe, señora

Perry, que hay cosas que no pueden esperar.

—Lo sé. El país y el futuro están en juego. Es lo que siempre se dice en estos casos, ¿no es cierto? —Rebosaba ironía su voz en estos momentos—. Supongo que ahora el enemigo de turno es la Unión Soviética, como antes lo fuera el Tercer Reich y después China y su aliado, Corea del Norte. Siempre hay un enemigo que amenaza al Imperio y a Su Graciosa Majestad, ¿no es así?

—Usted puede tomarlo a broma, señora Perry —cortó secamente el general Evans—. Pero es bien cierto. Hay que estar alerta siempre ante toda clase de enemigos.

—Oh, ¿cómo podría tomarlo a broma, general? —replicó ella, incisiva—. ¿Olvida acaso que mi propio esposo fue sacrificado en aras de todos esos indestructibles principios patrióticos?

Siguió un silencio algo incómodo. Yates observaba a todos los invitados como podría hacerlo un entomólogo con una rara colección de ejemplares recién clasificados.

Algo en todo aquello no le gustaba. Captaba una tensión especial en el ambiente. Supo, de algún modo, que ella odiaba a todos sus invitados, aun sin saber quién de entre todos ellos había sido un traidor, si es que estaba en lo cierto Lindsay Perry.

Y se dio cuenta, también, de que ellos empezaban a odiar a su anfitriona, aun sin saber a ciencia cierta para qué los había reunido allí. ¿O había alguien, entre los seis personajes, que *sí* sabía el motivo de su presencia en Market Mews?

—Creo, de todos modos, que ha sido un detalle de mal gusto reunimos a todos aquí —comentó alguien bruscamente.

Todos miraron al que había hablado. Era Von Klein, el alemán.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber *sir* Brian Woodward, uno de los actuales ministros del Gabinete británico.

—Al parecer, la señora Perry ha pensado en nosotros como personas allegadas de una u otra forma a su esposo. Me pregunto por qué lo ha hecho.

—¿De veras? —Pestañeó Nigel Murray, dirigiendo una mirada a la anfitriona—. ¿Es ése el motivo por el que estamos todos aquí, señora Perry? ¿Por el mayor Kenneth Perry?

—¿Qué suponen, si no? —Ella se volvió hacia él, vivamente—. Han pasado treinta años de todo aquello. Es lógico que ustedes hayan olvidado. La vida sigue para todos, y Kenneth Perry es sólo

un ingrato recuerdo en el pasado. Pero para mí era algo más. Ken era mi marido, el hombre a quien yo amaba. Y lo perdí. Lo perdí estúpidamente, cuando estaba fuerte, joven, lleno de vida...

—Señora Perry, eso nadie puede ya remediarlo —señaló suavemente Giacomo de Lucca—. Muchos camaradas murieron también en aquella guerra. En Italia vi caer a compatriotas míos por millares. Y también a alemanes, ingleses, americanos, canadienses... Es la guerra, señora. No podemos culpar a nadie de nada ni remover el pasado para hacer sangrar viejas cicatrices. Yo mismo estoy medio inválido, ya lo ven. Este brazo inútil, me costó el retiro y una miserable pensión. Son cosas que ocurren. ¿Qué pretende, al reunimos aquí hoy? ¿Hablar de su esposo, evocar su recuerdo? Hace demasiado tiempo. Y para muchos de nosotros, posiblemente, el mayor Perry ya es un recuerdo demasiado vago en la distancia.

—Para ustedes, sin duda. Pero Ken murió en aquella campaña, sobre suelo italiano. Todavía no sé por qué.

—Yo se lo diré, señora Perry —terció gravemente el alemán, dando unos pasos hacia ella—. Recuerdo muy bien el hecho. Su esposo vestía uniforme alemán en territorio ocupado por alemanes e italianos, camino de Messina, no lejos del monte Etna y la llanura de Catania. Era, por tanto, un espía. Se le debió juzgar como tal y fue fusilado de forma sumarísima. Eso forma parte de las leyes de guerra, sea cual sea el bando que lo ejecuta.

Yates pestañeó, mirando pensativo a la señora Perry. Ese detalle que acababa de revelar Von Klein pareció hacer impacto en la dama. La vio pálida pero serena. Sus ojos, fijos en el alemán, centelleaban de fría ira, de un oculto y cruel dolor.

—¿Usted presenció su juicio y ejecución, *Herr* Von Klein?

—*Nein* —negó éste con sequedad—. Yo era capitán de la Veintinueve Motorizada de mi país. Trabajaba en los servicios de Inteligencia Militar en Italia. Mi misión, como quizás usted misma sepa muy bien, consistía en descubrir a traidores italianos que informaban al enemigo y cosas parecidas. Fui informado de la muerte del mayor Kenneth Perry, del VIII Ejército británico, cuando ya estaba muerto, virtualmente acribillado a balazos. Una patrulla de mis camaradas dio con él en una zanja. Tenía todas las trazas de un juicio sumarísimo, porque encontramos en una de sus botas sus documentos e identificación como militar británico adscrito al

Servicio de Inteligencia, y vestía uniforme alemán que, por cierto, le sentaba muy bien. Supimos luego que el mayor Perry dominaba el alemán perfectamente, y podía engañar a cualquiera representando ese papel. Por tanto, no había dudas. Sorprendido en misión de espionaje, alguna patrulla nuestra lo juzgó y ejecutó sin más. No eran momentos en que se pensaran las cosas dos veces, ni se acostumbraba a informar de hechos así en todas las ocasiones. Piense que nos retirábamos en pleno inicio del desastre, y muchos de los nuestros eran felices vengándose de ese modo en algún enemigo.

—De cualquier modo, si vestía uniforme alemán en territorio controlado por el Reich y las tropas italianas, sabía a lo que se exponía. Su muerte no constituye ninguna sorpresa, señora —era *sir* Brian quien hablaba en ese momento.

Ella se volvió vivamente hacia él. Sus ojos fulguraban.

—*Sir* Brian, usted y su Departamento enviaron a mi marido a la muerte, con una misión tan arriesgada —replicó—. Pero para ustedes, claro está, era un nombre más, una palabra-clave en un *dossier*, archivado ahora en la lista de desaparecidos, y eso es todo. Para mí, era mi marido. Y fue enviado a una misión peligrosísima que sólo él aceptó.

—¿A quién culpar, en tal caso? —objetó Nigel Murray, pensativo.

—A quien le denunció a los alemanes —replicó fríamente ella—. A uno de ustedes en suma.

—Pero ¿qué dice? —protestó vivamente el general Evans—. ¡Eso es un ultraje! Es como acusarnos de... de traidores.

—Tal vez no todos sean traidores. Pero yo no culparía solamente al pelotón que ejecutó a mi esposo, o al oficial que ordenó esa muerte, sino a quien vendió a mi marido al enemigo.

—Es una acusación muy grave, señora Perry —señaló seriamente *sir* Brian—. ¿Cómo puede saber que hubo, realmente, un traidor?

—Sí, eso es cierto —apoyó el italiano De Lucca—. El mayor pudo ser sorprendido por una patrulla, identificado por algún error o sospecha, juzgado y fusilado, sin más complicaciones que buscarle al asunto. Lamentable, penoso... pero irremediable. Si él era un miembro de los Servicios Secretos, sabía a lo que se arriesgaba. No

se puede hablar alegremente de traiciones, señora Perry.

—¿Cree que no? —replicó ella glacialmente. Dio unos pasos, apuró su copa de *Sherry*, bajo la mirada curiosa y preocupada de Yates, y añadió con voz sorda, en medio del atento silencio de todos sus invitados—: Señores, no les hice venir aquí por un simple capricho o un estúpido acto de histeria femenina. Sencillamente, tengo la prueba de que existió una traición y un traidor. Eso es todo. Después de la cena de esta noche, les presentaré a todos esa evidencia.

CAPÍTULO IV

—¿Qué piensa de todo ello?

—¿Debo exponerle mi punto de vista, señora?

—Se lo agradecería, Yates.

—Creo que está usted jugando con fuego. Y que posiblemente esa evidencia que usted menciona no sea suficiente para estar segura de que hubo traición. —Lo es. Hubo traición, Yates. Lo puedo jurar. Es indiscutible, ya lo verá.

—Aun así... hace muchos años de todo eso... Treinta años es demasiado tiempo para revivir viejos rencores. ¿Por qué lo hace ahora? —Porque es cuando obtuve la prueba que le he citado.

—Dos de esas personas eran enemigos: un alemán y un italiano, unidos entonces por los pactos del Eje contra los aliados. Ninguno de ellos pudo ser un traidor si delató o fusiló a su esposo.

—Oficialmente, el capitán Von Klein halló el cadáver de mi esposo y lo entregó a las autoridades de su país, para que fuese devuelto a Inglaterra. Pudo mentir y ser él quien le acribilló a balazos o quien dio la orden. —No podría culparle por ello. Eran adversarios.

—Pudo decir la verdad, sin embargo, si fue obra suya la ejecución. ¿Por qué mintió, en caso de ser el ejecutor?

—Tal vez no quiso aceptar responsabilidades. Pero eso no es traición, señora Perry, y usted lo sabe. Pasemos a otro: el italiano De Lucca. También era enemigo. ¿Por qué culparle de la muerte de su esposo?

—Yates, el señor De Lucca era algo más que un soldado enemigo. No pude decirlo delante de todos los demás, pero él lo sabe tan bien como yo, y sabe que he callado por no ponerle en dificultades. Giacomo De Lucca trabajaba para los aliados. Fue un

traidor a su causa. O un italiano que no quiso combatir lealmente junto a los nazis, llámelo como quiera.

—¿Quiere decir que formaba parte de la resistencia italiana contra Mussolini?

—Algo así.

—¿Y sabía que su esposo...?

—Sí. Lo sabía. Debía saberlo. Ocurrió en la zona donde él se ocupaba de los informadores clandestinos, Yates. ¿Sorprendido?

—Un poco —admitió Gary—. ¿Y la mujer? Amanda Lawford, quiero decir. ¿Ella estuvo en Italia?

—No. Trabajaba aquí, en el Servicio Secreto, como coordinadora de informes.

—¿Y...?

—Era muy joven entonces. Como yo. A Ken le gustaban las mujeres jóvenes, ¿sabe?

Tuvo un asunto amoroso con Amanda Lawford.

—¿Siente celos por eso?

—No sea tonto. No soy celosa. No odio a esa mujer porque se acostará con Ken durante un tiempo, a mis espaldas. La odio porque él rompió con ella y ella le juró venganza. Posiblemente su revancha fue ésa: permitir que los alemanes interceptasen un informe confidencial sobre una misión secreta en Messina.

—¿La cree capaz de eso?

—La expulsaron del Servicio de Inteligencia por algo oscuro que nunca se aclaró del todo. Al parecer, era capaz de vender secretos de Estado por dinero. No pudieron probarlo, pero sospecharon algo y la expulsaron. ¿De qué sería capaz una mujer así? Después se ha dedicado a vivir bien, sacándoles dinero a los hombres.

—Eso ya no es tan malo —sonrió Yates—. Veo que tiene un buen grupo de ejemplares. Pero incluir en ellos a un Ministro...

—*Sir* Brian fue jefe de Inteligencia por entonces. De él dependían directamente las operaciones especiales. ¿Por qué no sospechar también de él?

—Señora Perry, todo eso está muy bien. Digamos que nadie queda libre de sospechas en ese sexteto. Pero ahora, me permito yo una pregunta a la que todavía no he sido capaz de ver respuesta: ¿quién se podía beneficiar con la traición que costara la vida a su marido?

Ella sonrió enigmáticamente. Arqueó las cejas, mirando con fijeza a Gary, y dijo con lentitud, como midiendo cuidadosa sus palabras:

—Ahora ha puesto usted el dedo en la llaga, amigo mío. ¿Sabe que la muerte del mayor Kenneth Perry podía reportarle a alguien una verdadera fortuna?

En alguna parte, sonó un disparo, ruido de vidrios rotos y un grito de terror.

* * *

La primera reacción de la señora Perry fue la palidez acentuada que asomó a su rostro, borrando el suave sonrosado de sus mejillas todavía frescas. Luego, sus ojos brillaron, alarmados.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó, alterada.

—Yo diría que un estampido de arma de fuego —dijo Gary con ironía dirigiéndose con rápida zancada hacia la puerta, con su mano diestra hundida bajo su bien cortada chaqueta—. Lo demás, ya lo ha oído: cristales rotos y un grito de persona asustada. De una mujer, diría yo.

—¡Vamos, hay que ver lo que sucede abajo, Yates! —le apremió ella, repentinamente excitada, corriendo tras de él.

Gary asintió, rompiendo la marcha a paso de carga. Descendieron velozmente los escalones, llegando abajo justo cuando en la puerta del comedor aparecía el germano Von Klein, con una figura de mujer en sus brazos. Amanda Lawford había perdido el conocimiento, al parecer.

Otros rostros asustados asomaron tras el alemán. Yates, con sus dedos rozando la culata de su arma, pero sin llegar a desenfundarla ni mostrarla a nadie de los presentes, interpelló con cierta dureza:

—¿Qué es lo que sucede?

—De momento, hay una dama desmayada, ya lo ven —el alemán se mostró tan seco y áspero como el propio Yates en su respuesta—. Y además, todos nos hemos llevado un buen susto, señora Perry. ¿Esta gracia forma parte de su *mise en scène* particular para el fin de semana prometido?

—¿A qué se refiere, *Herr* Von Klein? —Se irritó la dueña de la casa.

—Alguien ha tenido la humorada de disparar un revólver sobre la puerta vidriera que comunica el salón con el jardín interior, rompiendo una vidriera y una bella copa de cristal de bohemia de las de su servicio de mesa, señora —dijo con sarcasmo el alemán, depositando suavemente a Amanda en un confortable sofá—. Al parecer, el bromista es alguien muy próximo a usted. *Frau Perry*...

—Temo no entenderle... —murmuró ella, desconcertada.

—Buenas tardes, mamá —dijo una voz jovial desde el comedor. Y un nuevo personaje, desconocido para Yates, apareció en el umbral del comedor, abriéndose paso entre todos los demás, que le contemplaban con cierta hostilidad y nula simpatía—. ¿Sorprendida por mi presencia?

—¡Ralph! ¡Hijo mío! —gritó ella, asombrada, dilatando sus ojos con gesto de gran desorientación—. ¿Qué haces *tú* aquí... *hoy*?

—Ya lo ves —rió el joven, sacando del bolsillo de su amplia chaqueta de pana color café un revólver calibre 38 con aire de niño que exhibe un bonito juguete ante sus amigos—. Cuando supe lo que ocurría aquí, me dije que podía poner mi granito de arena en tu juego, dando un pequeño susto a tus invitados...

—Ralph, ¿cómo pudiste enterarte... saber de todo esto...? —Ella, evidentemente, se mostraba totalmente desconcertada por el giro inesperado de los acontecimientos—. Tenías que estar en estos momentos en los Estados Unidos, en tu trabajo...

—Llegué hoy a Inglaterra, para darte una pequeña sorpresa. Fue entonces cuando supe que dabas una fiesta muy especial en tu casa a un grupo de viejos amigos de papá. No me costó saber sus nombres cuando telefoneé a esta casa y hablé con Marley, pidiéndole que me guardara el secreto hasta mi llegada aquí.

—Marley, ¿eh? —Ella frunció el ceño—. Tengo que decirle unas cuantas cosas a ese mayordomo mío...

—No lo hagas, mamá. Después de todo, él sabía que soy tu hijo y no vio nada malo en informarme de todo esto. Apenas lo supe, sumé dos y dos... y me dieron cuatro —sonrió levemente, con aire burlón, mirando a los ceñudos y hostiles invitados que le rodeaban—. Y resolví presentarme aquí para aportar mi pequeña contribución al juego.

—Creo que has cometido un error, Ralph —le censuró severamente su madre—. Un grave error. Nunca debiste venir aquí

en estos días.

—Un momento, señora Perry —terció con rapidez el general Evans, con gesto ceñudo—. ¿Qué clase de «juego», como dice su hijo, es el que pretende usted montar aquí a costa nuestra?

Ella les miró con expresión meditativa. Luego, meneó la cabeza de un lado a otro, como si le disgustara anticipar sus propósitos a aquellas personas.

—Por favor, vuelvan todos al comedor —pidió—. No les ocultaré por mucho tiempo mis intenciones. Durante la cena, tendrán ocasión de saber con detalle lo que pretendo realmente al reunirles a ustedes aquí. Sepan, de momento, que se trata sólo de algo encaminado a poner en claro lo que antes les dije: la identidad del traidor responsable de la muerte de mi esposo, padre de Ralph, este joven a quien acaban de conocer y que no entraba en mis planes tener hoy aquí.

—¿Y cuándo lo descubra, si es que ese traidor existe y logra desenmascararle realmente, después de tanto tiempo... qué piensa hacer con él? —replicó irónicamente *sir* Brian Woodward—. Las posibles culpas de entonces, han prescrito en su totalidad para las actuales leyes, señora Perry. Nadie podrá hacerle nada, aunque usted demuestre que fue responsable directo o indirecto del trágico fin de su esposo en campaña.

—Lo sé, *sir* Brian —sonrió duramente ella—. Por eso les voy a revelar cuál es, en realidad, mi verdadero juego, el que ya mi hijo Ralph ha adivinado fácilmente, sin necesidad de que yo lo diga. ¿Quieres informarles tú mismo, hijo?

El alto joven de aspecto arrogante, rostro viril, sonrisa fácil e irónica y vivos ojos, tan azules como los del hombre del retrato. Su cabello era ligeramente menos rojizo, tirando más a un tono rubio cobrizo, asintió risueño. Miró a los invitados de su madre y manifestó con indiferencia, como si lo que decía fuese la cosa más natural del mundo:

—Mi madre, señores, piensa hacer morir aquí mismo a ese traidor. Ella le dará muerte con sus propias manos, estén seguros de ello...

CAPÍTULO V

No podía decirse que resultara una cena demasiado animada.

Los nueve comensales sentados en torno a la mesa permanecieron en silencio la mayor parte del tiempo, mientras Marley y Sue servían los platos del menú y los vinos adecuados.

Lindsay Perry presidía la mesa. A su derecha se sentaba su hijo Ralph, y a su izquierda Gary Yates. Los seis invitados formaban dos hileras de tres a ambos lados. *Sir* Brian, el general Evans y Nigel Murray formaban la línea de la derecha. A la izquierda, Amanda Lawford era flanqueada por los dos extranjeros, Von Klein y De Lucca, que se mostraban fríamente obsequiosos con ella.

Estaban ya en los postres cuando el general Evans rompió aquel incómodo silencio para expresar una opinión que, sin duda, muchos de sus compañeros asistentes a aquella extraña recepción compartían:

—Señora Perry, creo que comprenderá perfectamente que haya alterado mis planes a la vista de la situación en su casa.

—Perdone, general, ¿a qué se refiere? —preguntó suavemente la dama.

—A nuestra presencia hoy aquí. Los demás invitados ignoro lo que pensarán hacer, pero ante su actitud para con nosotros y los sinuosos motivos que la han guiado a traernos aquí, debo informarle que sólo por cortesía he aceptado asistir a esta cena, pero que una vez terminada, no permaneceré un minuto más bajo su techo.

—¿Cómo? —Lindsay pareció muy sorprendida—. ¿Nos piensa dejar, general?

—Eso he dicho —afirmó rotundamente el funcionario de la OTAN con tono seco—. Y le ruego que no trate de disuadirme de mi

idea, porque cuanto diga será perfectamente inútil. He tomado esa decisión, y basta.

—El general tiene razón —aprobó *sir* Brian con un carraspeo—. Yo le acompañaré gustoso en el viaje de vuelta a Londres esta misma noche, señora Perry.

—Vaya, veo que son ya dos las deserciones entre ustedes... —suspiró la dama con aire de decepción. Miró a los restantes invitados—. ¿Alguno más de ustedes se suma a la decisión de estos caballeros, por casualidad?

—Lamentándolo mucho, señora, yo seré otro en abandonar su casa —afirmó muy seguro de sí Nigel Murray—. No me gusta que nadie juegue a mi costa para montar un melodrama o una farsa.

—La muerte de mi esposo no fue ninguna farsa, señor Murray —cortó ella, tajante.

—Eso sucedió hace ya demasiados años, señora Perry —le recordó Murray con frialdad—. Era agente secreto al servicio de Su Majestad, como lo soy yo, y sabía a lo que se exponía en aquella misión. Es muy de lamentar lo que ocurrió, pero eso nadie puede ya arreglarlo, ni creo que su modo de ver las cosas sea el correcto.

—¿Alguien más se marchará hoy de aquí?

Hubo un corto silencio. Amanda Lawford, como a viva fuerza, alzó su mano despacio.

—Creo... creo que no debo quedarme yo tampoco —murmuró—. Me iré con ellos. No me siento bien aquí, la verdad. Nadie tiene derecho a incluirme en una lista de sospechosos de traición ni cosa parecida, señora. Si quiere ejercer alguna acción contra alguno de nosotros, vaya a las autoridades y denuncie el hecho.

—Muy bien. Por lo que veo, sólo ustedes dos no han formulado deseos de ausentarse de aquí —dijo Lindsay, contemplando a Heinrich von Klein y a Giacomo De Lucca.

—No me importa demasiado lo que suceda aquí —se encogió de hombros el alemán—. He venido de bastante lejos y no me importará quedarme. No tengo nada que ocultar, *Frau* Perry, aunque sus métodos sigan pareciéndome poco ortodoxos.

—Yo tenía curiosidad por saber en qué terminaría todo esto —suspiró el italiano—. Pero veo que el asunto ha concluido antes, incluso de empezar. De todos modos, como dijo el capitán Von Klein, no veo adónde puedo ir ahora, una vez hecho a la idea de

permanecer aquí el fin de semana. Si no le importa, me quedaré.

—Bien, caballeros —sonrió ella enigmáticamente—. En una novela policíaca, se diría que ninguno de ustedes dos puede ser sospechoso puesto que nada temen. Pero en las novelas ya saben lo que sucede siempre al final.

—Sí. Que el más inocente es el culpable —sonrió Von Klein.

—Pero esto no es ninguna novela policíaca, señora Perry —cortó abruptamente *sir* Brian, limpiándose los labios con la servilleta e iniciando un movimiento para ponerse en pie—. Y si pretendió escribirla a nuestra costa, ya puede irle poniendo la palabra «fin».

Lindsay contempló con aire burlón cómo se ponían en pie los cuatro personajes que anunciaban su decidido propósito de ausentarse. Gary Yates frunció el ceño, mirando de soslayo a su patrona. Veía algo raro e indefinible en todo aquello. Y no sabía lo que era, pero su instinto le decía que a Lindsay Perry no le preocupaba lo más mínimo la mayoritaria decisión de sus invitados. Era como si tuviera oculto algún imprevisible triunfo en la manga. Yates hubiera dado algo por saber qué era.

Pero sabía, no obstante, que no podía tardar mucho en conocer ese naípe oculto, dado que los cuatro personajes estaban a punto de abandonar, la reunión, dejando el fin de semana de la señora Perry reducido a su mínima expresión.

Fuese lo que fuese lo que ella tenía previsto para una situación así, tenía que ocurrir ahora.

—Vamos —pidió Nigel Murray a sus compañeros—. Creo que cuanto antes salgamos de aquí, tanto mejor. Ésta es una situación muy desagradable para alguien que fue, en cierto modo, camarada del mayor Perry, y que tiene que correr en su existencia parecidos riesgos a los suyos. Lamento que las cosas hayan llegado a este punto, señora.

Inclinó levemente la cabeza y emprendió la marcha resueltamente. *Sir* Brian, el general Evans y Amanda Lawford le siguieron con la misma decisión.

Yates siguió mirando pensativo a la mujer que le pagaba. Sabía que lo que tenía que suceder, iba a suceder *ahora*. En este preciso momento.

El reloj del vestíbulo desgranó lentamente las campanadas. Fue un sonido lento, grave, de profunda musicalidad. Los cuartos,

primero. Después, la hora en sí. Yates contó mentalmente las ocho. Los oídos de Lindsay Perry se animaron con centelleo súbito. Una leve sombra de preocupación que pasara poco antes por ello, nublándolos durante un par de segundos, se difuminó por completo.

Tomó una copa con mano firme. Los dedos suaves, marfileños y delicados, rodeaban la base de la copa casi acariciándola. Tomó un sorbo del vino que allí quedaba, rojo como un rubí.

—Caballeros, querida Amanda, ¿adónde van tan deprisa? —preguntó. Y su voz tenía un acentuado matiz burlón.

Los cuatro giraron la cabeza, ya en el umbral de salida. Silenciosamente, Sue pasó junto a ellos, cambió una mirada con Yates, y bajando la cabeza, depositó sobre la mesa una caja de plata conteniendo cigarros habanos de la mejor calidad, así como dos botellas, una de *brandy* y otra de licor dulce. Actuaba igual que si nadie fuera a abandonar la casa en ningún momento. Yates arrugó el ceño. Sue, evidentemente, estaba en el secreto de algo.

—Creo que ha quedado bien claro —manifestó el general Evans con acritud—. Nos vamos fuera de esta casa, señora. Su actitud y propósitos no son de nuestro gusto. Eso es todo.

—Lo siento, señora Perry —añadió Amanda con un suspiro—. No debió jugar así con los demás. Esto no es una partida de ajedrez. Ni nosotros somos marionetas.

—Yo que ustedes no intentaría cruzar la puerta de salida —avisó suavemente la dueña de la casa—. ¿No se sientan a tomar una copa, por favor? Los cigarrillos son excelentes. Auténticamente cubanos.

—Por favor, señora, no haga las cosas más desagradables aún de lo que son —cortó *sir* Brian con dureza—. Su insistencia resulta molesta. E incluso se diría que pretende usted algo así como... amenazarnos.

—¿Amenazarles? —Ella enarcó sus cejas con un gesto deliciosamente ingenuo que no engañó en absoluto a Gary Yates. El joven guardaespaldas estuvo más seguro que nunca de que ella seguía teniendo en sus manos los hilos de aquellos monigotes humanos que deseaba manejar a su antojo—. Oh, no, nada más lejos de mi imaginación, *sir* Brian. Soy una mujer, no uso armas y no amenazo a nadie. Me limito a advertir amistosamente de algo. No soy una persona a quien guste demasiado la violencia ni el daño físico, se lo aseguro. Vamos, siéntense, se lo ruego. Han venido aquí

para disfrutar de mi hospitalidad, ¿no es así?

Incluso su hijo había girado la cabeza, para contemplarla pensativo, con un fruncimiento de cejas que denotaba su preocupación y su intriga ante la actitud fría y segura de su madre.

Negó con la cabeza *sir* Brian rotundamente. El general habló tajante:

—Es inútil todo, señora. Nos vamos. No se hable más.

Empezaron a cruzar el vestíbulo. Lindsay Perry miró a Sue. Esta servía las cosas, imperturbable. La joven doncella se limitó a asentir con la cabeza a la muda pregunta de su patrona.

Eso fue todo. Lindsay, de pronto, soltó una carcajada. Los cuatro huéspedes la oyeron, pero no dejaron de caminar a lo largo del amplio *hall*, hacia sus prendas de ropa, dispuestos a abandonar la casa.

—Esperen un segundo —pidió ella incorporándose sin prisas—. Sólo un segundo más, por favor. Tienen que ver algo, antes de dirigirse hacia la salida.

Caminó tras ellos. Yates se puso también en pie, tras cambiar una mirada con Sue Peters, y siguió a su protegida lleno de curiosidad. Lindsay pasó junto a los cuatro invitados que se iban a ausentar. Éstos la miraron, entre recelosos y molestos, sin saber qué pretendía ahora su anfitriona. Ella pronto se lo explicó sin palabras.

Se detuvo ante la puerta de salida. Erguida, Sin pretender aproximarse a más de unos cinco o seis pasos de la recia hoja de madera antigua. Yates no la perdía de vista, a la espera de lo que pudiera suceder. Observó ahora algo que antes no había advertido al entrar en la casa por vez primera: la puerta de salida estaba tapizada y blindada. Una plancha de metal asomaba bajo el tapizado posterior.

Ella se quitó el anillo de su mano aristocrática con gesto displicente. Lo arrojó contra la puerta.

Ocurrió algo asombroso.

Apenas el anillo tocó sobre el metal de la puerta, se produjo un violento chisporroteo azulado, y la pieza metálica saltó como despedida por una fuerza virulenta, mientras las chispas iluminaban de modo fantasmal el vestíbulo.

Hubo una imprecación a coro, por parte de todos los presentes que, asombrados, asistían al experimento. Lindsay sonrió,

despojándose de otro anillo que, con aire indiferente, arrojó contra una ventana.

Se produjo el mismo fenómeno. Nuevos chispazos violentos, cegadores, y el aro de oro saltó lejos, despedido por aquella descarga de energía contenida en el postigo de la ventana.

—¿Qué diablos significa eso? —jadeó *sir* Brian, palideciendo.

—Cielos, ¿qué ocurre aquí? —se preguntó el general Evans, demudado.

—Electricidad —silabeó Murray lentamente—. Alta tensión. Señora Perry, ¿qué pretende con todo esto? ¿Por qué ha electrificado puerta y ventanas?

—Como habrán visto, la carpintería de esta vieja casa no es la primitiva, sino que fue sustituida por piezas metálicas. Puertas, ventanas y toda posible salida de esta mansión, está en estos momentos electrificada. Como muy bien dijo el señor Murray, su voltaje es lo bastante elevado para matar instantáneamente a quien pretenda abrir una de esas puertas o ventanas para salir de Market Mews.

—¡Señora Perry, esto sobrepasa todo lo tolerable! —rugió *sir* Brian, furioso.

—Es de un pésimo gusto hacer este alarde —corroboró Amanda Lawford—. No pretenderá seriamente retenernos aquí con esa amenaza, ¿verdad? Podrían acusarla de secuestro cuando este feo asunto termine...

—Cuando todo esto termine, mi querida señorita Lawford, me tendrá perfectamente sin cuidado lo que me ocurra ni de lo que yo pueda ser acusada —suspiró fríamente la dueña de la casa, clavando sus ojos en la otra—. A las ocho en punto, un mecanismo electrónico ha puesto en funcionamiento una red de alto voltaje en puertas, ventanas y toda clase de salidas de esta casa. Desde ese mismo momento, estamos aislados del resto del mundo hasta que de nuevo, automáticamente también, quede desconectada la red. Ello no sucederá hasta dentro de cuarenta y ocho horas, exactamente.

—Hasta las ocho de la noche del domingo... —jadeó Murray, muy pálido, aunque con gesto sereno—. Es una locura, señora Perry. Puede haber un accidente mortal, cualquier descuido o error podría...

—No existirá ese error ni accidente mientras nadie se aproxime

a esas aberturas intentando huir, señor Murray —cortó ella, incisiva—. Mis servidores conocían ya el hecho de antemano. Desde las ocho, tenían órdenes estrictas de no aproximarse bajo ningún pretexto a puertas y ventanas. Usted, mi querido Yates, ya lo sabe ahora.

Asintió Gary, sombrío, sin replicarle nada a su patrona ante aquellos testigos. Pero su gesto reveló a Lindsay que estaba en desacuerdo total con esta estrategia altamente peligrosa.

—De modo que pretende tenernos prisioneros aquí... —Silabeó *sir Brian*—. Cautivos contra nuestra voluntad...

—Sólo como invitados míos —sonrió ella—. Si uno de ustedes confiesa ahora que traicionó a mi marido y le causó la muerte, dejaré ir sin problemas a los demás, y él sufrirá el castigo.

Nadie dijo nada. Se miraron todos entre sí en silencio.

—¿En ningún momento se interrumpe esa corriente? —preguntó Yates, ceñudo.

—Es automático —confirmó ella—. No se interrumpirá bajo pretexto alguno, hasta que ese reloj vuelva a dar las ocho campanadas. Cosa que no sucederá ya hasta el domingo. A las ocho de la mañana y de la tarde, el carillón no sonará. Se activó con esas campanadas, y con ellas dejará de funcionar, eso es todo. No piensen en cortar el fluido eléctrico. La corriente que circula por ese tendido es ajena a la red de suministro normal. Es todo.

Cuanto intenten por cortar la tensión será inútil y peligroso.

—Señora, empiezo a pensar que está usted loca —silabeó Amanda con ira.

—Es posible —aceptó con frialdad Lindsay—. Loca de odio y de indignación por no haberse hecho justicia, por seguir impune la muerte de mi esposo, porque ninguno de ustedes haya movido un solo dedo en estos años para aclarar las cosas y descubrir a un traidor y un asesino. Han sido años enteros preparando esto. No voy a fracasar ahora, se lo aseguro.

—Y, ocurra lo que ocurra... ¿quedaremos libres de nuevo a las ocho de la noche del domingo? —Era el capitán Von Klein quien preguntaba eso desde la puerta de acceso al comedor.

—Sí, capitán —afirmó ella, rotunda—. Todos... menos el culpable. Tiene mi palabra.

—Esto es un disparate —silabeó el general Evans, alterado—.

Soy una personalidad en la política occidental, señora. Estoy obligado a emprender viaje a Bruselas lo antes posible...

—No antes del domingo por la noche o lunes por la mañana —sonrió Lindsay—. Sé que su conferencia con la OTAN se inicia el martes. Le sobrará tiempo, se lo aseguro.

—Los cargos que presentaré contra usted serán muy graves, señora —dijo *sir* Brian—. Este absurdo y arriesgado juego va a pagarlo a muy alto precio, se lo aseguro.

—Ya les dije antes que no me importa lo que me ocurra después —se encogió ella de hombros—. ¿Qué deciden ahora? ¿Pasan a tomar el *brandy* y el cigarrillo, caballeros?

Ellos se miraron entre sí, ceñudos. Luego, contemplaron la puerta, tan próxima y, sin embargo, tan lejana e inaccesible para todos ellos. En silencio, huraños y hoscos, regresaron al comedor. Lindsay fue la última en regresar, junto a Yates. Éste la reprochó en voz baja:

—No me gusta su juego, señora. Si llega a contarme esto, no acepto el trabajo.

—Ya es tarde para eso, ¿no cree? —sonrió la dama tristemente.

—Sí, maldita sea —refunfuñó Gary, disgustado—. Ellos tienen razón. Puede ocurrir cualquier cosa. Un accidente mortal sería imperdonable. Un crimen estúpido y cruel. —Esperemos que no ocurra, mi querido amigo.

—¿Y si ocurre?

Ella meneó la cabeza con fatalismo al responder:

—Será algo más de lo que tendrán que acusarme cuando todo haya acabado, sin duda alguna, mi querido Yates. ¿Qué tal ese *brandy* y esos cigarros?

—No, gracias —rechazó Yates—. No fumo habanos. Y no me gustan los licores, salvo el *whisky*. Pero no pienso beber una gota esta noche. Quiero estar en forma, totalmente seguro de mí y de mis facultades.

—¿Por qué dice eso? —Le miró ella con curiosidad.

—Señora, su juego es mucho más peligroso de lo que imagina. Ha encerrado aquí a un puñado de personas influyentes, algunas de ellas lo bastante violentas o lo suficientemente asustadas como para hacer cualquier cosa. Créame, si como usted supone, hay entre ellos un traidor y un asesino... su propia vida peligra, señora Perry.

—¿La mía?

—Sí. El culpable, lo que más deseará en estos momentos, es matarla a usted. Estoy seguro de ello.

CAPÍTULO VI

—¡Es inútil! —Se enfureció Nigel Murray colgando el teléfono con un golpe violento—. No hay línea...

—Olvidé decirles que está cortada la comunicación telefónica con el exterior —dijo ella, apareciendo en el salón-biblioteca, donde sus huéspedes se hallaban reunidos tras la cena, discutiendo agitadamente su extraña situación en aquella casa totalmente bloqueada del exterior—. Hubiera sido una necedad tomar tantas precauciones para luego permitirles llamar a la policía, compréndanlo...

Murray no dijo nada. Ceñudo, se limitó a mirarla, alejándose hacia la chimenea, delante de la cual dio unas chupadas nerviosas a su cigarro. Yates, indiferente, pasó por entre los presentes, para servirse un zumo de naranja con hielo. Podía casi palparse la tensión en aquella estancia. Solamente los dos extranjeros y el hijo de Lindsay Perry, parecían completamente tranquilos, sin sentirse afectados por la tensa situación. Los demás reflejaban en sus rostros demacrados el disgusto, la ira e incluso la inquietud ante su papel en aquella farsa peligrosa e inverosímil.

—Esto me recuerda una novela de Agatha Christie —comentó suavemente Ralph Perry, el hijo de la dueña de la casa, tratando de mostrar su sentido del humor—. ¿Cómo se llamaba? *Diez negritos* o *Diez pequeños indios*, o cosa parecida, ¿no? Todos encerrados en una isla, para responder de sus crímenes...

—Su comentario no tiene gracia ninguna —cortó con aspereza sir Brian, volviendo la cabeza vivamente—. Es una situación diametralmente opuesta. Aquí no somos criminales, joven Perry, sino personas decentes y honorables, mezcladas por el capricho de una mujer histérica en una situación tan desagradable como

irritante.

—¿Olvidan que uno de ustedes tuvo la culpa de la muerte de mi padre en Sicilia, señores? —suspiró el joven—. Se busca a un traidor y asesino, después de todo.

—Esa acusación no tiene sentido —se molestó Murray, girando desde la chimenea hacia ellos—. Su padre murió en el campo de batalla, fusilado por un grupo de alemanes que le sorprendieron vestido de oficial alemán, dentro de sus líneas. Cumplía una misión de espionaje y fue descubierto. Eso ha ocurrido muchas veces, y nadie pensó en una traición ni en un crimen. Los únicos interesados en matar a mi colega Perry eran los alemanes, después de todo. En una guerra, un hombre que usa el uniforme del enemigo, es siempre fusilado por espionaje. Eso lo sabía muy bien su padre cuando aceptó la misión, jovencito.

—Claro que lo sabía —terció la esposa serenamente—. Lo que él ignoraba es que una persona de su propio grupo iba a venderle al enemigo, provocando así su muerte. Eso, suponiendo que realmente le capturase una patrulla alemana y no fuese acribillado por un supuesto amigo que debía colaborar con él en teoría.

—Yo no estuve en ese lugar del frente, señora Perry —replicó agriamente Murray—. No pude participar en traición alguna.

—Pero sustituyó a mi marido en la misión. Y usted creo que la llevó a cabo con éxito. Ése fue el principio de su carrera como agente especial al servicio de Su Majestad, ¿no es cierto?

—Sí. Pero eso no significa nada.

—Yo no le he acusado de nada *todavía*, señor Murray —le recordó suavemente ella—. Está aquí, como todos los demás, por simples sospechas. Pudo haber un traidor e incluso más. Pero solamente una persona pudo ser responsable de la muerte de mi marido. O autora directa de la misma. Esa persona es la que me interesa. Y sé que es uno de ustedes.

—Yo soy el principal sospechoso, en tal caso —dijo una voz amable.

Se volvieron todos. Era Giacomo De Lucca quien había hablado. El italiano mostraba un gesto tranquilo.

—¿Usted? —Lindsay enarcó las cejas—. ¿Por qué, De Lucca? ¿Por qué precisamente *usted*?

—Porque soy italiano, luchaba en esa región de Sicilia y conocí

a su esposo durante la campaña aliada contra los alemanes en la llanura de Catania.

—¿Admite haber conocido al mayor Perry durante su misión? —se interesó vivamente *sir* Brian mirando al italiano.

—Algo más que eso, señor —sonrió tristemente De Lucca—. Conocí al mayor Kenneth Perry durante su misión secreta. Y le ayudé en ella. Luego, descubrí que él me engañaba con Mariella, mi esposa...

* * *

El reloj del vestíbulo desgranó solamente dos campanadas. El silencio en la casa era tan grande, tan espeso, que fue como si el carrillón profundo y musical diese a los dorados discos del péndulo artístico un extraño filo para cortar esa calma, ese vacío de emociones, esa ausencia de sonidos.

Gary Yates se sirvió un *whisky* con hielo, rompiendo su norma. Sólo un dedo de *scotch* con dos de seda y tres cubitos de hielo. Apenas si tenía graduación alcohólica. No deseaba sentir sopor o fatiga. Quería estar despierto, alerta, Totalmente despejado.

—De modo que el ídolo tenía los pies de barro, ¿eh, señora? —Fue su agrio, cínico comentario—. Lo lamento por usted. Es lo malo de remover el barro. A veces también nos salpica a nosotros.

Ella no dijo nada de momento. Repentinamente, parecía mucho menos segura de sí misma. Como si muchas convicciones y sólidos cimientos hubiesen sufrido un tambaleo digno de un movimiento sísmico. Yates observó que ella tomaba un sorbo de *brandy*, fumando su cigarrillo con nerviosismo.

—Bebe demasiado —comentó Yates con sequedad.

—Bebo lo que me da la gana —se irritó ella.

—Está bien —se encogió Yates de hombros—. Usted es la dueña de la casa. Usted me paga. Y usted ha montado todo este tinglado. Pero debe vivir en guardia, muy alerta, al menos durante estas cuarenta y ocho¹ horas. Yo no me fiaría de nadie, créame.

—Me fío de usted. Es suficiente.

—Tal vez lo sea, o tal vez no. Sólo soy su guardaespaldas, no su ángel guardián.

Supongo que piensa dormir sola, señora Perry.

—Naturalmente —le miró con frialdad, como sintiéndose ofendida—. Mi habitación estará bien protegida en cuanto la cierre tras de mí, se lo aseguro.

—¿También con electrificación de alto voltaje? —bromeó Yates.

—No. Un sistema electrónico asegura los cierres de puertas y ventanas, eso es todo —aplastó el cigarrillo con disgusto, tras exhalar la última bocanada de humo. Miró a su interlocutor casi con enfado—. ¿Qué está pensando, Yates? ¿Qué Ken, mi marido, no era digno de mi esfuerzo por vengarle ahora?

—No he dicho eso, señora.

—Pero lo piensa. Desde que De Lucca narró lo ocurrido con su mujer en Sicilia, a usted parece haberle caído a los pies su recuerdo.

—¿Y a usted? —replicó Yates, pensativo.

—Ken era un hombre. Estaba lejos de casa. Cualquiera caería en la tentación, ante una mujer fácil, latina, apasionada... No se lo reprocho.

—No sea hipócrita. Esa confesión del italiano la hizo daño.

—Bien, es cierto —se enfureció ella, encendiendo otro cigarrillo con mano crispada—. No imaginaba a Ken viviendo una aventura, ni siquiera en plena guerra. Sólo trato de comprenderle, de disculparle...

—¿Lo consigue?

—No del todo —apretó los labios y miró a Yates casi con rabia—. ¿Qué le pasa? ¿Está aquí para ayudarme a para arrancarme el pellejo a tiras?

—Estoy aquí para protegerla. No me gustó su idea de rodearnos de una red de alta tensión capaz de carbonizarnos a todos. Tampoco me gustó saber que su propósito es matar a quien cometió traición hace treinta años.

—Ni le gustó que mi marido aprovechara la ocasión para acostarse con la mujer de ese soldado italiano, ¿verdad? —se expresó con crudeza intencionadamente.

—No, no fue agradable oírlo de labios de su propio marido —suspiró Yates, paseando por la biblioteca—. Es una historia patética. Sobre todo, para él. Su marido no quedó muy bien librado. Ese italiano, Giacomo Di Lucca, estaba harto del fascismo italiano, de Hitler y de los alemanes. Servía secretamente a los aliados. Era como un «resistente» más, aunque con uniforme italiano y gozando

de la confianza de sus camaradas. Entretanto, su propia mujer se acostaba con el mayor Kenneth Perry, porque él se lo exigía, a cambio de ayudarles en dinero y alimentos.

—Eso es lo que él dice —se mordió los labios Lindsay Perry, con rencor.

—Usted sabe que es la verdad. Ese pobre De Lucca lloraba al hablar de eso. Poco después, unas bombas, nunca se sabe si aliadas o alemanas, arrasaron su casa y mataron a su mujer. Ella estaba desnuda, en la cama. Alguien se había ido rápidamente en la confusión, salvándose de los efectos del bombardeo. Ese alguien era su esposo, señora: el glorioso agente especial de Su Majestad...

—¡Cállese! —gritó ella, airada, poniéndose en pie y paseando como un tigre enjaulado—. ¡No siga, Yates! No le contraté para que insultara su memoria, sino para ayudarme en mi tarea justiciera...

—Extraña justicia la suya. Ahora, obliga al marido de esa pobre chica muerta en Sicilia en 1943 a permanecer aquí encerrado, evocando sucesos tan tristes, y maldiciendo sin duda la memoria de quien usted pretende enaltecer y vengar.

—Yo ignoraba lo sucedido entonces con Mariella Risso, la joven esposa de De Lucca. No podía imaginad que Ken fuese un desaprensivo que aprovechara la guerra para ganarse a la mujer del prójimo.

—A su hijo tampoco le gustó saber eso.

—Ralph nunca debió enterarse —suspiró ella amargamente—. Amaba a su padre, lo respetaba profundamente. Y ese maldito italiano lo estropeó todo en un momento.

—Ese «maldito italiano», como usted dice, es un ser humano con su tragedia personal a cuestas, aparte ser un mutilado de guerra y cobrar una miserable pensión. Por su culpa está ahora aquí. Usted quería jugar a la verdad cruda y desnuda, ¿no? Bien, pues ya lo está consiguiendo. Quiera Dios que todo termine ahí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. —Yates miró fríamente el gran retrato del mayor Perry—. Sólo espero que su héroe desaparecido no tenga episodios tan ruines como ése, que surjan inesperadamente en esta hermosa reunión de fin de semana... Ahora, señora Perry, Je aconsejo que se retire a descansar. Buenas noches... y dulces sueños, si ello le es posible.

—Es muy amable, —ella le miró casi con agresividad—. Ah, recuerde que usted dormirá en la habitación inmediata.

La puerta suya comunica interiormente con mi alcoba. Si existe alguna emergencia, es el único punto que puede manejarse desde fuera, para que usted entre en mi habitación. Recuerde que, aunque no simpatice conmigo, su misión es protegerme de todo peligro.

—No lo olvido, señora. Descanse tranquila. Si no hay otro acceso hasta usted, puede dormir segura. Nadie usará mi puerta de comunicación para llegar a su persona.

—Eso me basta —se dirigió a la puerta de la biblioteca—. Buenas noches, Yates.

—Buenas noches, señora.

Minutos más tarde, en la casa ya silenciosa, en la que todos los invitados, el servicio y sus dueños, Lindsay Perry y su hijo Ralph dormían o, cuando menos, descansaban en sus aposentos, Gary Yates aseguraba la puerta de su habitación, comprobaba que su ventana estaba protegida por unas planchas aislantes, tras las cuales se hallaba sin duda la carpintería metálica cargada de alto voltaje, evitando toda posible evasión de Market Mews.

Se acostó, tras poner su arma bajo la almohada, y procuró conciliar el sueño. Le costó algún tiempo, a causa de la rara tensión que en él, como en todos los demás, había ocasionado el clima de la casa y los planes oscuros y amenazadores de su bella propietaria.

Por fin, logró dormirse profundamente.

Sólo para despertar cuando un grito desgarrador y angustioso, en alguna parte de la casa, rompió el silencio nocturno con una nota de supremo terror, acaso de agonía, y Gary Yates, dando un salto en la cama, supo de inmediato que algo horrible había sucedido.

Que el macabro juego iniciado por la señora Perry, había empezado a dar sus resultados menos deseados. Yates, con un instinto profesional puramente instintivo, estuvo seguro de que la Muerte había hecho acto de presencia en Market Mews.

Unos minutos más tarde, trágicamente, ese innato temor suyo sufría una espantosa confirmación.

—Lo siento, señores. El general Ronald Evans, de la OTAN, nunca acudirá a su cita en Bruselas. Está muerto...

—¡Muerto! —repitió *sir* Brian Woodward, con su rostro mortalmente lívido—. ¿Está seguro de eso, señor Perry? ¿Quién es usted para asegurar que no hay vida alguna en ese cuerpo?

—*Sir* Brian, además de ser hijo del mayor Kenneth Perry, he estudiado Medicina aunque no terminé la carrera —cortó con acritud el joven hijo de Lindsay Perry—. Le garantizo que el general está muerto y bien muerto, por desgracia para él y quizás para todos nosotros.

—En especial, por desgracia para su madre, Perry —terció con aspereza Nigel Murray—. De este trágico suceso, ella es la única y directa responsable.

—¿Acusa de asesinato a mi madre, señor? —preguntó fríamente el joven Perry.

—No he dicho eso —rechazó Murray vivamente—. Y usted lo sabe. Pero sin esta absurda situación de forzado cautiverio, de violencia sobre la voluntad ajena, el general nunca hubiera hallado una muerte así.

Gary Yates no hablaba. No comentaba nada. Estaba examinando la estancia, los detalles de la cama revuelta, del cuerpo sin vida, cruzado sobre ella, con los ojos desorbitados, la boca convulsa, espumeante, y un raro tono azulado en su hinchada lengua y en su epidermis.

—Pudo ser un suicidio. O un ataque cardíaco provocado por claustrofobia al saberse prisionero dentro de esta casa —aventuró *sir* Brian Woodward con agresivo tono.

—Es posible —aceptó Yates, hablando por primera vez—. Pero huelan sus labios, señores: díganme si notan lo mismo que yo.

Murray miró en silencio a Yates. Se inclinó sobre el cadáver y olfateó la boca espumeante. También *sir* Brian lo hizo. Luego, más lentamente, con cierto recelo, Amanda Lawford imitó a ambos. Fue ella quien habló primero:

—Almendras amargas —dijo.

—Sí —confirmó Murray ceñudo—. El peculiar olor a cianuro.

—Veneno —asintió Yates, frotándose el mentón—. Es lo que pensaba. El cianuro acostumbra a dejar esa leve espuma en los labios del envenenado. ¿Green que el general tenía motivos para

envenenarse? Y, sobre todo, ¿por qué llevaría una dosis letal de cianuro consigo?

Los presentes se miraron entre sí. Murray confesó tras un silencio:

—Los agentes secretos acostumbramos a llevar una cápsula en nuestra boca, para casos de máxima emergencia —señaló roncamente—. Vale más matarse a sufrir torturas, interrogatorios brutales o pentotal sódico para revelar secretos de Estado. Pero el general no estaba en esa situación, ni mucho menos.

—De modo que el veneno es muy posible que le fuera administrado por otra persona —señaló Yates.

—Sí, pero ¿por quién? —quiso saber *sir* Brian, exasperado.

—Yo no tengo nada que ver en esto —dijo fríamente la voz de Lindsay Perry desde la puerta de la alcoba. Venía envuelta en una suntuosa bata de paño rojo, estaba ligeramente pálida, y contempló el cadáver con ojos algo medrosos—. Sue acaba de contarme lo ocurrido... ¿Quién tendría interés en asesinar al general?

—Señora Perry, aquí nadie es un asesino, que yo sepa —cortó bruscamente Murray—. Pero usted planeó este fin de semana para una venganza especial sobre quienes considera más o menos responsables en el fin de su marido, ¿no es así?

—Amigo Murray, yo no consideraba al general Evans culpable de nada —cortó ella amargamente—. Ciertamente él fue jefe de los Servicios de Inteligencia del

Ml-5

británico durante la II Guerra Mundial, y por tanto responsable del envío de Ken a esa misión en Sicilia, pero eso es todo. Claro que pudo haber sido quien le traicionara posteriormente, denunciando a los alemanes su presencia en aquella zona, disfrazado de oficial nazi, pero eso hubiera hecho falta probarlo antes de dictar sentencia.

—Y ahora, la sentencia está incluso cumplida —señaló con acritud Amanda Lawford, clavando sus ojos hostiles en la señora de la casa.

—Es posible —admitió ella—. Pero yo no la hice ejecutar en modo alguno, señorita Lawford. Quizás el general sabía algo que podía comprometer al traidor de entonces, y éste resolvió eliminarle.

—Ésa es una insinuación maligna, señora —objetó *sir* Brian—. ¿Ahora pretende acusarnos también de asesinato?

—Siempre dije que el traidor era un asesino, *sir* Brian —sonrió con rara afabilidad Lindsay Perry—. Ahora sé algo más que al principio: mi marido no era tan digno de respeto y admiración como yo imaginé. Pero era un hombre que servía a su patria y murió oscuramente en una misión nada clara. Eso sigue en pie. Y mi decisión de demostrar que uno de ustedes le vendió y, posiblemente, le asesinó, también.

—Usted, señora Perry, parece olvidar algo fundamental desde un principio —rechazó Murray con sequedad.

—¿Qué es ello? —quiso saber ella, encarándose con el agente británico.

—La ausencia de un motivo, de un móvil para cometer tal traición. ¿Quién desearía la muerte de su esposo, en plena misión secreta? Toda traición tiene un precio. ¿Cree que el mayor Kenneth Perry era tan importante como para que alguien arriesgara su propia vida vendiéndolo al enemigo o matándolo en territorio alemán?

—En eso, permitan que intervenga yo —habló una voz serena, a espaldas de todos—. El motivo existía.

Todos volvieron la cabeza hacia el que había hablado. Se trataba de Heinrich von Klein, el ex militar alemán. Éste acababa de entrar en la sala donde yacía sin vida el general Evans, contemplando con ojos ensombrecidos el cadáver del militar.

—¿Usted? —replicó Ralph Perry, pestañeando—. ¿Qué sabe sobre mi padre, *Herr* von Klein?

—Toda la verdad —sonrió el germano amargamente, sacudiendo la cabeza—. Lamento, señora, que también mis palabras sirvan para deshonar un poco más la memoria del hombre muerto de quien usted quiso hacer un ídolo, el símbolo del héroe intachable.

—¿Qué quiere decir? —Se inquietó ella, alarmada.

—Ya que el juego lo inició usted, *Frau* Perry, permita que todos lo sigamos a nuestro modo —el ex nazi caminó con sus pasos rígidos, severos, hasta el centro del dormitorio—. Una muerte violenta como la que acaba de producirse, le quita a su juego todo aspecto frívolo, para convertirlo en vehículo de un nuevo horror. ¿Quiere conocer toda la verdad sobre su esposo y su misteriosa

misión en Catania en el verano de 1943? Pues yo añadiré mi pequeño grano a esa obra, se lo aseguro. Aquí se ha pedido un motivo lo bastante sólido como para justificar una traición que costara la vida al mayor Perry. ¿Creen que la suma de diez o quince millones de libras esterlinas justificaría tal hecho?

—¡Diez o quince millones de libras! —resopló *sir* Brian, abriendo enormemente sus ojos—. Eso es... es fantástico. ¿A qué se refiere usted, capitán Von Klein?

—Hablo de moneda actual. Digamos que hace treinta años, esa suma no llegaría al millón de libras, pongamos como máximo.

—Un millón de 1943 es una suma fabulosa —objetó el joven Perry sin aliento—. Hable, se lo ruego. ¿Qué tiene que ver mi padre con una cantidad semejante de dinero?

—No era dinero, exactamente, sino algo que valía más, mucho más que simples billetes. Algo cuyo valor no sólo se mantiene, sino que aumenta con el tiempo...

—Termine de una vez —se impacientó Lindsay, mordiéndose el labio, nerviosa—. ¿De qué está hablando?

—De una pequeña capilla en la carretera de Adriano a Messina —el alemán suspiró mirando al italiano De Lucca, que mostraba en su pálido rostro una expresión tensa—. Por favor, siga usted, amigo mío. Creo que conoce mucho mejor la materia, como italiano que es, y como nativo de esas regiones donde tuvo lugar la campaña bélica del año 1943 en que halló la muerte el mayor Perry...

Giacomo De Lucca no vaciló en seguir lo iniciado por el alemán. Carraspeó, entornó sus ojos evocadoramente, y dijo con lentitud:

—Recuerdo muy bien la abadía de Catania, abandonada por los religiosos tras los bombardeos de esos días, particularmente intensos y destructores. Un tesoro artístico de valor incalculable permanecía entre sus muros, como algo que aquellos religiosos guardaban y protegían amorosamente, sin pretender con ello otro lucro que conservar un bien de la Humanidad como son las obras irrepetibles del arte humano... Recuerdo la pequeña estatuilla de la *madonna* policromada del siglo x, en la diminuta capilla subterránea... Y el cuadro religioso, el auténtico Leonardo allí conservado...

—¡Un Leonardo Da Vinci! —musitó Yates, estupefacto.

—Eran tan valiosas una pieza como otra, *signore* —suspiró el

italiano, moviendo su cabeza—. Alguien sacó de la abadía ambas piezas juntas. La *madonna* iba envuelta en el lienzo de Leonardo. Se lo llevó consigo para sacarlo de Sicilia, de Italia, clandestinamente. Sabía su valor, calculaba lo que podía reportarle aquel fácil botín...

—Dios mío... Se llevaron la Virgen y el Leonardo... —repitió *sir* Brian—. ¿Quién pudo hacer eso?

—Un hombre de quien todos hemos oído hablar —sonrió duramente Von Klein—. El mayor Kenneth Perry, agente secreto británico.

—¡Mentira! —gritó Lindsay con exasperación, revolviéndose contra el alemán—. ¡Eso es totalmente falso! ¡Ken nunca hubiera hecho una cosa así!

—Lo siento, señora Perry —terció suavemente De Lucca—. El capitán Von Klein no ha hecho sino informarle de algo que todos sabíamos en Sicilia. Un agente secreto inglés robó en la capilla de la abadía y se llevó consigo la *madonna* policromada, reliquia venerada en aquella región durante siglos, así como el lienzo de Leonardo Da Vinci representando a San Pedro crucificado por los romanos. Ambas obras, de valor incalculable, nunca volvieron a la pequeña abadía de San Pedro de Catania. Más tarde, supe que el mismo hombre que había hecho cometer adulterio a mi esposa Mariella, era el ladrón de las dos obras.

—Dios mío... —jadeó Ralph Perry, muy pálido, bajando la cabeza—. Mi padre un ladrón... además de un seductor indigno... Ese retrato no me lo habías pintado nunca, mamá...

Lindsay rompió en sollozos, ocultando el rostro entre sus manos. Von Klein meneó la cabeza teutónica con energía y pesar.

—De veras lo siento, señora —dijo—. Yo no empecé esto. Usted me hizo venir para saber la verdad.

—Ahora, ya empieza a saberla —corroboró De Lucca—. El mayor no era un ejemplo de virtudes, ciertamente...

—¿No cabe... un error en esa posibilidad? —sugirió Ralph débilmente.

—No —negó Von Klein—. Su padre fue culpable. Huyó con esas obras de arte. Pero no pudo sacarlas de Sicilia. Alguien le sorprendió, no sé si porque le vendieron o no. Y murió de una ráfaga de metralleta. En el cadáver, no estaba el menor rastro de la Virgen policromada ni del San Pedro de Leonardo...

—De modo que alguien se lo llevó al matarle... —sugirió Yates con viveza.

—Sí, es muy posible —aceptó Von Klein, encogiéndose de hombros.

—Ese alguien pudo ser un alemán —acusó *sir* Brian—. Usted mismo, capitán.

—Pero no fui —sonrió Von Klein—. Claro que no puedo probarlo, señor.

—O pudo ser un combatiente italiano, un miembro de la Resistencia, amigo del mayor, y conocedor de ese expolio —señaló Murray, pensativo.

—¿Se refiere a mí? —De Lucca hizo un ademán ambiguo—. Hubiera sido una buena venganza: matar al seductor de mi Mariella... y robar esas reliquias. Pero yo las hubiera reintegrado a la capilla. Y allí, jamás volvieron.

—Esto cambia totalmente las cosas —apuntó con lentitud Ralph—. Mi padre pudo ser traicionado y asesinado por un motivo ajeno a la guerra y a la misión secreta en sí: esas dos obras de arte de enorme valor.

—Es una teoría muy razonable, joven Perry —admitió *sir* Brian de mala gana—. Que yo sepa esas obras de arte nunca salieron de Sicilia. Nadie las ha visto en Inglaterra. Pero mi Ministerio siempre supo que fueron robadas en aquellos días... y el mayor Perry nunca estuvo libre de sospecha de haber sido el ladrón de ambas, lo admito.

—Todo esto, sin embargo, nada parece tener que ver con la muerte del general Evans —señaló Yates, pensativo—. A menos que usted supiera que él traicionó a su esposo, señora Perry, quedándose con las obras de arte y esto forma parte de su venganza.

—¿Se ha vuelto loco? —Se irritó ella—. ¿Y usted, mi propio empleado, me acusa de tal cosa? Nada tengo que ver en este crimen. No les he traído aquí para matarles, sino para saber toda la verdad sobre lo sucedido entonces. De momento, ya sé algo que desconocía, aunque negativo para la memoria de mi esposo. Confío en que el juego de la verdad siga adelante, hasta tener lo que busco: el nombre del asesino que mató a Ken... y posiblemente se quedó con esas dos reliquias tan valiosas.

—¿No piensa abandonar su demencial idea, señora? —se escandalizó ahora Murray—. Aquí se ha cometido sin duda un crimen. Es preciso avisar a la policía, salir de aquí cuanto antes, evacuar este cadáver...

—Lo lamento —cortó ella—. Nadie puede salir de aquí, y menos aún avisar a la policía. Recuerden que el sistema electrónico no tiene posibilidad alguna de rectificación. Seguimos aislados aquí. Tocar una puerta o ventana significa morir electrocutado inmediatamente. El teléfono no funciona. No se puede salir de aquí. No se puede avisar a nadie. Ese cadáver podrá ser conservado en el refrigerador de alimentos del sótano, tras vaciarlo de provisiones. Es cuanto se puede hacer hasta el domingo, a las ocho de la tarde.

—¡Esto es monstruoso, abominable! —aulló *sir* Brian, enrojeciéndose violentamente.

—No puedo hacer nada, *sir* Brian —replicó ella—. Nadie puede hacerlo ahora, se lo aseguro. Después de todo, ¿quién podía saber que iba a cometerse aquí un asesinato? Esto no estaba programado, compréndanlo...

—Se lo dije —avisó Yates agriamente—. Era un juego peligroso. Y empieza a írsele de las manos, señora Perry.

—En resumen: además del buen deseo de la señora Perry de asesinar a uno de nosotros cuando supiera que era culpable de traición o de homicidio, ha resultado que hay *otro* asesino entre nosotros —apuntó apaciblemente Amanda Lawford con una irónica sonrisa.

—Sí, empiezo a creer seriamente en eso —admitió Yates, mirándola pensativo—. Pero por favor, caballeros. Estamos dándole vueltas y vueltas a la cuestión, sin saber aún en qué consistía, exactamente, la secreta misión del mayor Perry en Sicilia. *Sir* Brian, usted que entonces formaba parte del *Foreign Office* y del Servicio de Inteligencia, ¿no piensa decirnos en qué consistía tal empresa, ahora que ya importa poco todo ello, después de transcurridos tantos años? Porque imagino que robar esas reliquias en una pequeña iglesia italiana, o burlar a un amigo siciliano, acostándose con su mujer, no formaría parte de tan delicada misión...

—Supone bien, amigo mío —suspiró *sir* Brian con cansancio, dejándose caer en un sofá, al fondo del trágico dormitorio—. Les seré sincero: el mayor Perry era solamente un... un señuelo.

—¡Un señuelo! —repitió Lindsay, palideciendo—. ¿Qué quiere decir con eso, *sir* Brian?

—Justamente lo que he dicho —murmuró el político—. La guerra tiene esas crueles realidades. Y más aún la guerra secreta de los espías. No hay piedad ni humanidad en nuestra labor, señora. El mayor tenía que ir a Sicilia con las máximas posibilidades de ser descubierto por las patrullas alemanas y, por tanto, sacrificado inútilmente en apariencia... Eso permitiría que otro agente nuestro, el joven Nigel Murray, entrase en Sicilia detrás de él, llevando a cabo la delicada misión que en realidad le correspondía hacer, una vez seguros los alemanes de que ningún agente nuestro se hallaba infiltrado en sus líneas: la voladura del polvorín que los nazis poseían en Messina, y que dejaría desabastecidas de munición las líneas alemanas en Catania.

—Dios mío... —sollozó ella, amargamente—. ¡Cerdos, ratas asquerosas, sucios rufianes sin conciencia! ¡Y Ken tenía que sacrificarse, morir estérilmente, para que Murray y otros se llevaran la gloria de la misión! ¡Les odio a todos, malditos sean! ¡Odio ser ciudadana de un país capaz de tal infamia, de semejante bajeza...! —Ya le dije que lo sentía, señora— musitó *sir* Brian.

No somos nosotros solos los que jugamos sucio en esas cosas. Todo el mundo lo hace. Ser espía dista mucho de ser hermoso, brillante ni heroico. Las más de las veces, es un juego sórdido, repugnante y miserable, que debemos llevar a cabo con una sonrisa, sin ablandarnos por nada ni por nadie. Así se ganan las guerras en realidad, señora Perry. Lo lamento... Lo lamento mucho. Yo no inventé el sistema. No soy el primero ni seré el último en utilizarlo, puede estar segura...

—Y el general Evans... también sabía ésa cía de maloliente maniobra —susurró Gary Yates, la mirada fija en el difunto.

—Sí —*sir* Brian miró al joven protector de la viuda Perry con extrañeza—. ¿Por qué dice eso?

—Por nada, señor —suspiró el joven—. Porque empiezo a preguntarme si no habrá sido ése el motivo de este crimen...

—¡Yates! —protestó amargamente la viuda—. ¿Eso es un modo de acusarme a mí?

—Responda, amigo —le espetó Ralph con acritud—. ¿Está acusando a mi madre?

—No acuso a nadie. —Yates miró con fijeza al hijo de Lindsay—. En todo caso, ¿por qué no le acusaría a usted, señor Perry? Es el hijo del agente muerto... y su posible vengador también. ¿Qué vino a hacer aquí? ¿Es cierto que ignoraba todo eso sobre su padre?

Ralph Perry se enfrentó agresivamente a Yates. De repente, pareció desmoronarse el joven ante la mirada fría y acusadora de Gary Yates. Y confesó, de modo inesperado:

—No. Tiene razón. No lo ignoraba. Tampoco ignoraba que fue enviado a morir de un modo cruel y estúpido... Sí. Tengo todos los motivos del mundo para haber matado al general Evans. Pero no lo hice. Lo juro. No lo hice, aunque pensaba hacerlo.

Yates no supo si creerle o no. Como tampoco supo si el joven Perry pudo ser el asesino de Nigel Murray, al día siguiente, poco antes del almuerzo...

CAPÍTULO VII

Nigel Murray murió más violentamente que el general Evans.

Estaban todos sentados a la mesa cuando notaron su ausencia. Lindsay pidió a Sue que fuese a ver las razones de su demora. Nadie había desayunado aquella mañana del sábado, a causa de las horas sin descanso que provocó el hallazgo del cadáver del general Evans, las palabras cruzadas entre ellos posteriormente, así como el dificultoso y sombrío traslado del cadáver al gran frigorífico del sótano, donde el infortunado militar de la OTAN ocupó el lugar de las verduras y carnes dispuestas para ser consumidas aquel fin de semana.

Sue emitió un terrible grito, allá en el piso alto, que les hizo acudir a todos apresuradamente, en confuso tropel.

Nigel Murray estaba tendido boca abajo en el dormitorio a él destinado, sobre la alfombra, y totalmente vestido. Un mango de hueso tallado asomaba entre sus omoplatos, sobre un enorme charco oscuro, de un rojo oxidado. La sangre había escapado también bajo su cuerpo, empapándolo todo siniestramente. La punta del terrible, largo estilete, asomaba por su pecho. Era una hermosa, artística daga italiana, que había atravesado el corazón del agente especial británico, matándole en el acto.

Más tarde, descubrieron que la bella daga faltaba de una panoplia. Y aunque Yates procuró envolverla en un paño, al extraerla de la herida, guardándola luego en una bolsa de plástico de las utilizadas para conservar la ropa, estuvo seguro de que ninguna huella señalaría en el arma la identidad del feroz asesino.

Fue la segunda tragedia sobre la mansión de Market Mews en aquel ominoso, siniestro fin de semana en compañía de la muerte, dentro de unos muros recorridos por la corriente de alta tensión, y

sin la posibilidad siquiera de pedir ayuda al exterior por medio del teléfono.

El almuerzo se arruinó aun antes de empezar. Nadie se sintió con suficiente apetito para volver a la mesa, tras el hallazgo del cadáver de Nigel Murray.

Lindsay Perry parecía haber perdido súbitamente gran parte de su seguridad en sí misma, e incluso de su propio control de la situación. Algo, evidentemente, escapaba de entre sus manos, convirtiendo su farsa en una tragedia de *granel guignol* empapada de sangre. Su hijo, sombrío y preocupado, se esforzaba por confortarla en vano, haciéndose cargo de la dirección de la casa.

Gary Yates fumaba en silencio, mientras contemplaba la mesa a punto, con su vajilla, sus alimentos y bebidas, todo ello intacto. Solamente Heinrich von Klein, con admirable serenidad y fortaleza de ánimo, picoteaba en un plato de crêps, mientras se servía una copa de vino. Al volverse, Yates se tropezó con Amanda Lawford, que se había detenido junto a él. La dama parecía tan afectada como todos los demás.

—Es horrible, ¿no? —comentó entre dientes.

—Horrible —asintió Yates pensativo.

—¿Cree usted que es obra de ella? —señaló a la viuda de Perry.

—No, no lo creo —negó Yates gravemente.

—Claro, ¿qué va a decir usted, que es su empleado? —comentó ella, encogiéndose de hombros—. Es más cómodo acusar a uno de nosotros, ¿no le parece? —No hablo así por defender o atacar a nadie, señorita Lawford —replicó Yates con un cierto tono de censura en su voz—. Es lo que pienso, con toda sinceridad.

—De modo que sospecha de nosotros.

—No tengo otro remedio.

—¿Por qué tendría que desear nadie la muerte de personas como el general Evans y Nigel Murray? —indagó Amanda enarcando sus finas cejas en el rostro bien Maquillado, aparentemente mucho más joven de lo que en realidad debía correspondería.

—Lo ignoro. Lo único evidente es que ambos fueron asesinados. Uno, con cianuro; el otro, con una daga. La señora Perry sólo pretende descubrir a un traidor, no matar a todos ustedes.

—¿Y si piensa ella que todos, de un modo u otro, hemos sido traidores?

Gary Yates se volvió lentamente, la estudió con fijeza.

—¿Lo son, realmente? —quiso saber.

—Casi juraría que sí. Ya ha oído a los demás: ese italiano odiaba al mayor Perry. Los celos pudieron conducirle a una traición. El capitán alemán pudo matarle sin traición alguna, porque era el enemigo, a menos que Perry le conociera y confiase en él, y el nazi quisiera robarle las joyas artísticas que él, había robado de la pequeña abadía.

—¿Y Murray?

—Murray sustituyó a Perry en su puesto. Era una ocasión de destacar y convertirse en el primer agente especial de su Departamento. Es un buen motivo para traicionar a un camarada, si existe ambición.

—El general Evans pertenecía a los Servicios de Inteligencia militares —recordó Yates—. Pudo enviarle allí, informando a los servicios secretos alemanes para que se deshicieran de Perry, sobre todo si sabía de su comportamiento en Sicilia.

—Sí, en efecto. Y el propio *sir* Brian da motivos para pensar que él mismo traicionó fría y deliberadamente a Kenneth Perry, al enviarle a una misión así como simple señuelo, virtualmente al sacrificio.

—¿Y usted, señorita Lawford? —sonrió vagamente Yates, tras un silencio.

—¿Cómo? ¿Yo? —Pestañeó ella—. ¿A qué se refiere?

—A usted misma. Ha citado a todos los demás como sospechosos de traición hacia Kenneth Perry por una u otra razón. Falta usted, señorita Lawford. No pensará quedarse al margen...

—Cierto. Nunca lo estuve —afirmó ella, apretando los labios con fuerza—. Odiaba a Perry. Deseaba su muerte. Lo confieso, Yates.

—¿Por qué motivo? —El joven la miraba con fijeza, muy interesado.

—En un tipo como Perry resulta obvio, ¿no cree? —sonrió desdeñosamente—. Tuvimos relaciones íntimas los dos. Yo trabajaba en el Departamento de Información de los Servicios de Contraespionaje militar. Fue un idilio bonito, pero corto. El era mucho mayor que yo, y sumamente caprichoso. Rompió conmigo de repente. Le odié con tal fuerza que deseé con toda mi alma que se hiciera añicos en cualquier, lugar del mundo adonde le llevara su

condición de espía.

—Y así sucedió.

—Sí, así sucedió —suspiró ella, moviendo la cabeza—. Pero no tuve la culpa de ello, palabra. No traicioné a ese hombre, aunque lo merecía. Sé que no tiene por qué creerme, pero es la verdad. Desde que llegué, supe que esa mujer, la señora Perry, conocía mis relaciones con su difunto esposo.

—Sí, Lindsay Perry me habló de ellas. Pero no creo que le odie a usted por eso, ni que sienta celos o cosa parecida. Sólo quería saber si usted pudo traicionar a su esposo y enviarle a la muerte.

—Ahora, usted tiene ya la respuesta, aunque no sirva para nada. Busque en otro lado. Yo no tengo culpa alguna de lo que le sucedió al mayor en Sicilia.

Y se alejó con andares algo frívolos, mientras comentaba con un sarcasmo duro y sombrío, por encima del hombro.

—Aunque sería mucho más práctico buscar a la persona que nos está asesinando ahora en esta casa, que preocuparse por un suceso con treinta años largos de antigüedad.

Yates no dijo nada, pero en el fondo estaba totalmente de acuerdo con Amanda Lawford. Miró en torno, pensativo. Contó a los presentes: *sir* Brian, Von Klein, De Lucca, Amanda... Sue Peters y el mayordomo Marley... Lindsay y su hijo Perry...

Uno de ellos era un asesino y había matado ya a dos de los invitados de Market Mews.

Pero ¿por qué motivo?

—¿Una copa, señor Yates?

Alzó la cabeza. Ante él, Sue permanecía con una bandeja donde aparecían varias copas. Negó con la cabeza.

—No, gracias, Sue —dijo suavemente. Y antes de que se alejase ella, le preguntó:

¿Está asustada?

—Un poco —admitió ella—. Esto no figuraba en el programa, ¿no?

—No, ciertamente. Tenemos un asesino entre nosotros. ¿Marley y usted no han observado nada sospechoso en torno suyo?

—Yo, cuando menos, no —negó la joven doncella—. Pero Marley siempre anda vigilando a la gente con disimulo. ¿Por qué no le pregunta a él?

—Sí creo que lo haré, Sue, gracias —la sonrió, alentador—. Si se ve en apuros, no dude en llamarme. La ayudaré con toda mi voluntad.

—Se lo agradezco, Yates —suspiró ella—. No me sorprendería que llegue a necesitarlo. En esta casa se respira algo maligno, y no sé lo que es. Hay algo que no encaja, algo que no tiene sentido, pero que es terriblemente perverso y amenazador. A veces, lo noto casi de un modo físico. Nunca debí aceptar este trabajo...

Se alejó, ofreciendo copas a los demás. Yates se encaminó hacia donde se encontraba Adrián Marley, el mayordomo. Le había observado en otras ocasiones desde que se encontraba en Market Mews. Marley era un hombre gris, vulgar, de rostro ancho y mirada torpe, cabellos crespos, de color oscuro, salpicados de algunas canas en sus pobladas patillas y sienes, ojos también oscuros, fríos y observadores, movimientos pesados y manos fuertes y nervudas. Podía tener lo mismo cincuenta que sesenta años. Su edad era indefinida y su rostro y figura se olvidaban al minuto de haberle contemplado. Era un hombre por completo carente de personalidad. Pero según juzgaba Yates, al observar su tarea en la casa, de una eficacia sorda y positiva.

—Hola, Marley —saludó afectuosamente.

—Buenos días, señor Yates —respondió el mayordomo y jardinero, contemplándole con cierta vaga curiosidad no exenta de indiferencia—. Es un mal día, ¿eh?

Gary miró hacia las ventanas, observando la llovizna en el jardín, y el cielo nublado y gris. Pero estaba seguro de que Marley no se refería sólo al tiempo.

—Muy malo —asintió—. Tanto como la noche de ayer. Esperemos que no suceda nada más en esta casa.

—Es mucho esperar, señor —se lamentó el criado—. No me gusta esto.

—A mí tampoco —le miró, pensativo—. ¿Arrepentido de aceptar el trabajo, Marley?

—La verdad, señor: sí. Bastante arrepentido —resopló el mayordomo—. Pero eso no tiene remedio ya. El sueldo me interesó, y aquí estoy.

—¿Qué opina de esos crímenes?

—No tengo opinión, señor Yates. Me pagan para trabajar, no

para pensar —sonrió de modo irónico—. Supongo que también yo seré sospechoso. En las novelas inglesas de crímenes, el mayordomo es casi siempre el culpable, ¿no es cierto?

—Eso es sólo en las novelas, como usted dice —rió Yates suavemente—. Y aun así, más bien en las que están ya pasadas de moda. A nadie se le ocurre hoy en día escribir algo tan elemental. Por otro lado, ¿qué interés tendría usted, pongamos por caso, amigo Marley, en matar a los invitados de la señora Perry?

—Ah... —Se encogió de hombros—. Eso sólo se aclararía en el capítulo final.

—Tiene usted un envidiable sentido del humor, dadas las circunstancias —juzgó Gary Yates—. Pero bromas al margen, Marley, ¿ha advertido algo sospechoso en esta gente, algo que le haga pensar en la posibilidad de que uno de ellos sea el culpable de esos crímenes?

—Creo que no, señor Yates. Pero le puedo contar algo que me pasó esta mañana...

—¿Sí? —Yates enarcó las cejas—. Adelante, Marley. ¿Qué fue?

—El señor Murray me llamó a su habitación a eso de las once.

—¿De veras? Usted no ha dicho eso antes...

—Preferí ocultarlo hasta poder hablar de ello con alguien confidencialmente, sin oídos extraños. Ésta es la ocasión, señor Yates. Ya sé por la señora que es usted un profesional encargado de cuidarla, de proteger su vida...

—Adelante, Marley. ¿Qué quería Murray de usted?

—Me preguntó si había algún medio para salir de esta casa, pese a la red eléctrica, del que yo pudiera informarle. Me ofreció tres mil libras por mi colaboración. Le dije que sabía tanto como él, y que ni yo mismo tenía noticia previa de que la señora iba a aislar esta casa con un tendido de alta tensión para impedir la salida de sus invitados.

—¿Es la verdad?

—Sí, señor. Yo nada sabía. Si no, no me hubiera quedado aquí.

—Le creo, Marley. ¿Por qué quería escapar Nigel Murray? ¿Se lo dijo?

—No. Pero lo dio a entender. Me confesó que sabía algo terrible, que había descubierto algo que nadie conocía en la casa y que era preciso informar a las autoridades cuanto antes sobre ello. Que era

necesario hacerlo, o todos cuantos se hallaban bajo este techo morirían asesinados a manos de... de un loco homicida, dispuesto a ajustar una espantosa cuenta pendiente.

—¿Eso le dijo él? —arrugó el ceño Yates—. ¿Está seguro, Marley?

—Bueno, señor, no sé si utilizo las mismas palabras, pero en esencia eso fue lo que él comentó. Luego, me dio bruscamente las gracias y me dejó ir. Parecía muy contrariado, lleno de gran preocupación.

—Sí, Marley —suspiró Yates con gesto ensombrecido—. Y creo saber por qué. Nigel Murray era un experto agente secreto del Gobierno, un hombre habituado a informarse, a observar, a vigilar a los demás. Sin duda había descubierto algo que todos ignoramos aún. Creo que Murray sabía ya quién era el asesino y por qué había matado al general Evans... y eso le costó a él su propia vida, amigo mío.

Y sin añadir más, se alejó de Adrián Marley, el mayordomo de la señora Perry, con expresión profundamente preocupada. El criado le siguió con mirada inexpresiva, y luego se alejó hacia otra ala del edificio con sus andares lentos y pesados.

CAPÍTULO VIII

A media tarde, la lluvia se hizo torrencial.

Yates contemplaba la cortina de agua en el exterior sin aproximarse a la ventana para no correr riesgos, pese a que la carpintería metálica estaba protegida con planchas de espuma para evitar cualquier posible accidente.

Las aberturas de vidrio en los ventanales eran demasiado angostas para poderse utilizar como punto de evasión sin que el cuerpo, inevitablemente, rozara de modo fatal la carpintería de metal de la casa. Donde esas vidrieras eran lo bastante amplias, se las protegía con una malla metálica que, sin duda, sería excelente conductora del alto voltaje. Ahora, con la humedad de la lluvia, aquellas salidas eran trampas perfectas para matar. Y seguirían siéndolo hasta las ocho del domingo por la tarde.

Sir Brian y el capitán Von Klein entraron en el *living* charlando animadamente sobre incidentes de la Segunda Guerra Mundial. Ambos hablaban como militantes de distinto bando que habían sido, discutiendo situaciones clave en la ya pasada contienda. Parecían tan amigos como si hubieran luchado juntos entonces.

Al verle a él, enmudecieron. Yates sonrió, con un leve ademán.

—Sigan, sigan, por favor —rogó—. No pretendo molestarles.

—En realidad, la charla era sólo una especie de evasión —resopló *sir* Brian Woodward cansadamente—. Hay que hacer algo para aliviar esta maldita tensión, ¿no cree?

—Por supuesto, *sir* Brian. Cualquier cosa, menos permanecer en silencio, dándole vueltas al asunto —admitió Yates—. Y ya que ustedes dos discutían detalles de la guerra que les enfrentó, ¿han hablado también de la campaña de 1943 en Italia?

—No —confesó Von Klein arrugando el ceño—. Nos pareció lo

menos adecuado.

—Sí, entiendo. Pero podría ser interesante llegar a una conclusión definitiva sobre tres aspectos básicos de la cuestión en que se vio involucrado el mayor Perry. Por ejemplo: ¿quién o quiénes fusilaron al mayor? ¿Quién le vendió al enemigo? ¿Quién le arrebató al difunto los dos tesoros artísticos de la abadía, una vez acribillado a balazos?

—Tres preguntas sin respuesta, señor Yates —suspiró el alemán, meneando la cabeza—. Yo examiné su cadáver, todavía con el uniforme alemán. Le habían cosido a balazos. Pero lo mismo pudo ser un hombre sólo que un pelotón. No había visto nunca con anterioridad al mayor, y confieso que tampoco estaba como para contemplar su rostro tranquilamente. Algunas de las balas le habían entrado por la boca y por un ojo. Imaginen el espectáculo. Sus documentos me revelaron su nombre y misión. Informé al Mando y nada más. Un espía muerto, en plena batalla, es cosa normal. Creo que nunca me preocupé de averiguar quién o quiénes de mis hombres ejecutaron al agente inglés. Cuando supe que él había robado la Virgen y el cuadro de Leonardo, ya era tarde. El cuerpo del mayor habría sido enterrado o incinerado en un lugar cualquiera de la llanura de Catania. Pero yo había registrado aquel cuerpo y podía jurar que no llevaba encima objeto alguno parecido a esos dos que se llevó de la abadía.

—Usted pudo haberlos tomado, sin informar a nadie —señaló *sir* Brian sin pretender mostrarse acusador—. Es un hombre culto, capitán Von Klein. Sabía sobradamente el valor de una talla policromada y de un Leonardo.

—Admito que pude ser yo quien se apropió de ello —sonrió Von Klein—. Pero no lo fui. ¿Green, de otro modo, que viviría solo decentemente, en mi casa de Baviera, sin más ingresos que mi pensión y las clases que doy en un Instituto de Munich?

—Treinta años son demasiados años para guardar dos piezas así, a menos que se sea un gran amante del arte y se disfrute con su sola contemplación —admitió Yates—. Los que fusilaron al mayor pudieron ser los ladrones.

—Sí, es posible. Pero el rastro de esas dos piezas se ha perdido de modo definitivo, señor Yates. Nunca sabremos adónde fueron a parar.

—Mi teoría es que una persona tiene aún esas dos maravillas, o las pignoró a cambio de una fortuna, encontrando por comprador a un coleccionista de obras de arte.

—¿Qué persona? —quiso saber *sir* Brian, mirando curioso a Yates.

—El traidor que vendió al mayor Perry.

—Sí, eso es verosímil. Pero seguimos sin saber quién le traicionó.

—Alguien me sugirió que pudo ser traicionado un poco por cada uno de ustedes, *sir* Brian —dijo Yates bruscamente, mirando al político, que desvió la mirada—. Es una posibilidad muy sugestiva, sí. Sólo que uno entre todos ustedes, fue más lejos. Y el precio de su traición fueron esas dos obras de arte.

—Seguimos divagando, señor Yates —señaló Von Klein con indiferencia—. Así no se llega a ninguna parte...

—Se equivoca, capitán —replicó Yates con una sonrisa—. Podemos llegar a un punto decisivo para muchos de nosotros.

—¿Cuál?

—La identidad del asesino que tenemos bajo este techo.

—¿Qué tiene que ver el asesino con esa vieja historia de traiciones y del robo de dos obras de arte?

—Tal vez mucho más de lo que imaginamos, *Herr* Von Klein. Tal vez mucho. Nigel Murray supo quién era el asesino esta misma mañana. Pero eso le costó la vida a él también.

—¿Cómo sabe eso? —Se sobresaltó *sir* Brian, tragando saliva.

—Lo sé, y ello basta —suspiró Yates, volviendo a contemplar la lluvia, antes de retirarse del *living*—. Ahora pueden seguir su conversación bélica, caballeros. Hasta la hora de la cena... si no se nos estropea con otro asesinato.

El comentario de Yates pareció inquietar vagamente a los dos hombres, que se miraron en silencio, repentinamente recelosos el uno del otro.

Pero lo cierto es que resultó un comentario profético.

Aquella noche, la cena en Market Mews transcurrió sin incidentes. Se cenó con no gran apetito ni entusiasmo, en un clima de tensión y de incomodidad. Pero después, ya en los postres, tras retirar Sue y el mayordomo Marley los servicios utilizados y servir el café y las copas, ocurrió de nuevo.

Uno de los comensales murió violentamente, ante la mirada de terror de todos los presentes a la mesa.

Esta vez, la víctima fue Giacomo De Lucca, el ex combatiente italiano.

Y nadie pudo hacer nada para evitar su muerte.

* * *

La copa se volcó, quebrándose al golpear sobre el mantel secamente. Se derramó el vino sobre la tela impoluta. Luego, se escuchó el jadeo transformándose en estertor, y un plato se deslizó al suelo, haciéndose añicos ruidosamente.

Alzaron sus ojos los presentes, clavándolos en el hombre que se había incorporado de repente, con los ojos dilatados, las manos crispadas sobre el cuello, tambaleante, sin poder emitir otro sonido que aquel horrible gorgoteo que brotaba de entre sus convulsos labios.

—¡De Lucca! —gritó Von Klein, precipitándose hacia él con energía—. ¿Qué es lo que le ocurre?

El italiano acababa de aferrarse con una mano crispada al mantel, derribando el plato. Osciló. Se fue hacia atrás y cayó al suelo alfombrado, arrastrando consigo la silla y una botella de *brandy*, pese al esfuerzo del alemán por sujetarle.

Todos se incorporaron con violenta celeridad, precipitándose hacia donde yacía el infortunado italiano. El joven Perry y Gary Yates fueron los primeros en inclinarse sobre el caído.

De Lucca estaba rígido, inmóvil. Ya no emitía sonido alguno. Sus ojos vidriosos, desorbitados, miraban sin ver. Había muerto.

—Dios mío... —jadeó el joven Ralph—. Muerto... Veneno también, no hay duda.

Yates asintió, tras olfatear levemente la boca del difunto. El fuerte hedor a almendras amargas brotaba de sus labios convulsos.

—Cianuro otra vez —susurró, poniéndose en pie y mirando hacia la mesa. Alargó la mano, tomando una servilleta con la que empuñó la copa rota del italiano. Olfateó el vino tinto con interés. Un vago aroma alcanzó su nariz.

—¿Ha sido... en el vino, Yates? —preguntó la señora Perry, mortalmente pálida.

—Sí, señora —afirmó Gary—. El vino. La dosis mortal no tendría mucho sabor, mezclada con un vino como éste, sin duda alguna.

—Entonces... pudimos haber sido asesinados *todos* —señaló roncamente *sir* Brian, aferrándose a una silla para no caer. Sus piernas oscilaban de modo ostensible.

—Si el criminal así lo hubiera deseado, no hay la menor duda de ello —asintió el joven detective con tono grave. Miró a su patrona—. Y bien, señora Perry, ¿qué me dice ahora de todo esto? ¿Satisfecha con su bonito juego de la verdad?

—Lo... lo siento... —se dejó caer de nuevo en su silla, a punto de perder el conocimiento—. Es todo tan... tan espantoso...

—Usted montó este tinglado. Y alguien se está aprovechando de él para sus fines —apuntó secamente Von Klein.

—Eso, si no es ella quien nos está matando a todos, uno por uno —acusó Amanda Lawford, con ojos centelleantes, señalando amenazadora a la anfitriona.

—Ya basta —cortó Yates—. Trabajo para la señora Perry, pero su juego no goza de mis simpatías ni estoy conforme con ello. Sin embargo, es estúpido volver a acosarnos todos entre nosotros, sin razonar lo más mínimo.

—Creo que es lo que pretende el asesino: no sólo matarnos uno tras otro, sino aterrorizarnos a los demás —señaló Von Klein gravemente.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? —clamó Ralph Perry, exasperado.

—Eso, sólo una persona aquí lo sabe —replicó Yates fríamente—. Quien puso el veneno en la copa del pobre De Lucca...

Su mirada fue con rapidez a la pelirroja Sue y al impersonal Marley. Éste meneó la cabeza con desaliento.

—La señorita Peters sirvió el vino —apuntó—. Pero ella no es Lucrecia Borgia, señores.

¿Cómo diablos iba a echar el veneno en la copa?

—Usted puso las copas en la mesa, ¿no, Marley? —indagó Yates.

—Sí, señor. Las limpiamos cuidadosamente la señora Darrow, la cocinera, y yo, antes de traerlas en la bandeja y depositarlas en la mesa.

—Yo ayudé a Marley a poner las copas —recordó Sue—. Todas estaban relucientes, impecables. De haber tenido algo una de ellas,

lo hubiera visto al ponerlas en la mesa como al escanciar el vino.

—No acuso a nadie ni dudo de su palabra, Sue —dijo Yates, afirmando—. Sólo quería conocer la manipulación exacta de los servicios hasta el momento de iniciarse la cena. Sigo pensando que fue durante ésta cuando se vertió el cianuro en la copa de De Lucca. Es fácil hacerlo sin que nadie lo note..., especialmente si se ocupa un sitio cerca de la víctima elegida.

—¿Qué pretende decir con eso? —Se soliviantó Amanda Lawford—. Yo ocupé la silla al lado de ese pobre hombre... y no vertí veneno en su copa. Ni vi que lo hiciera tampoco *Herr Von Klein*, el otro vecino de asiento.

—Esperen, por favor —cortó Yates secamente—. No acuso a nadie aún. Menciono un hecho: la vecindad con la víctima ayuda al envenenamiento, sin duda. Pero no es la única forma simple de actuar sin ser advertido. Recuerden que el asado ocupaba el centro de la mesa. Al incorporarse cada uno de nosotros para servirse un trozo en su propio plato, situaba sus manos no demasiado lejos de esa copa. Nada más fácil, en el trajín del servicio de la comida, que deslizar sobre el vaso una ampolla con el tóxico, que podría ocultarse en la palma de la mano, pongamos por caso. Hay ampollas de gelatina que se disuelven fácilmente en agua o vino, dejando libre la sustancia que contienen. ¿Quién notará la caída de una pequeña cápsula del color del propio vino, pequeña como una lenteja, dentro del vaso elegido? Los espías, por ejemplo, tienen que saber mucho de esos métodos...

—Cierto —corroboró *sir Brian* con un carraspeo, removiéndose inquieto en el asiento donde había tenido que buscar apoyo—. Creo que usted tiene razón, Yates.

—Gracias, *sir Brian*. Pero eso nos conduce a alguien capaz de usar métodos propios de un espía. Cianuro en dos ocasiones, un rápido golpe de daga en otro... Rapidez, ejecución limpia y segura, sangre fría y oportunismo. Son las virtudes de nuestro misterioso asesino.

—Encajarían en cualquiera de nosotros —comentó Von Klein sonriente—. *Sir Brian* ha sido alto miembro de Inteligencia, la señorita Lawford perteneció a los servicios de Información, yo he colaborado con los organismos de contraespionaje militar alemán durante la II Guerra Mundial, y la señora Perry es viuda de un

espía. El joven Perry tuvo un padre experto en esas lides, y él pudo heredar una inclinación innata a tales procedimientos... Como ven, muy pocos quedamos libres de sospecha ante esas circunstancias.

—Exacto —admitió Yates pensativo—. Ésta es una cena de espías, de posibles traidores, de personas expertas en el arte de luchar en la sombra. Y alguien de entre ustedes alcanza la genialidad en tal materia, si bien la utiliza para el mal.

—¿Por qué se excluye de la lista de sospechosos, Yates? —replicó Amanda Lawford—. Ni siquiera sabemos quién es exactamente usted, aparte de trabajar como secretario de la señora Perry...

—Les aseguro que no soy un agente secreto —sonrió Yates—. Mi auténtica profesión es la de detective privado, y estoy aquí para proteger a la señora Perry de todo riesgo. Creo que ya no vale la pena guardar las apariencias, señora.

—En efecto, Yates —suspiró ella cansadamente—. Ya nada vale la pena en realidad. Pretendía desenmascarar a un traidor. Y he desencadenado, sin proponérmelo, una masacre espantosa. Me siento arrepentida, destrozada...

—Es lo malo de abrir la caja de Pandora —comentó Von Klein—. Nunca se sabe la clase de monstruos a los que se da rienda suelta...

—Ralph, ayúdeme a trasladar este nuevo cadáver al sótano —pidió Yates al hijo del mayor Perry—. Espero que no esté repleta la cámara frigorífica cuando mañana, a las ocho de la noche, suene ese maldito reloj y su trampa mortífera deje de funcionar, señora Perry...

Ella pareció a punto de decir algo. Miró a Yates con ojos angustiados. El la contempló en silencio y, sin decir nada, se inclinó, cargando con el cadáver por los hombros, mientras el joven Perry lo tomaba por los pies. Salieron del comedor sin que nadie despegara los labios, fijas las ensombrecidas miradas en el cuerpo inerte. A su paso, Sue sollozó, apoyándose en el fornido Marley, que la acogió afectuosamente, palmeándole la espalda y persignándose al pasar el cadáver de Giacomo De Lucca.

Descendieron Yates y el joven Ralph Perry al sótano. Abrieron la cámara, donde ya reposaban los cuerpos del general Evans y de Nigel Murray. Pusieron junto a ellos el del italiano. Cerró Yates la

cámara, que sonó lúgubrementes, en aquella improvisada morgue subterránea. Ambos se miraron al incorporarse.

—Tengo miedo, Yates —confesó francamente el joven Perry.

—Yo también —suspiró Gary.

—Usted no tiene miedo, lo sé. Creo que es la única persona serena y lúcida de esta horrible casa... ¿Qué piensa de estos crímenes sin sentido?

—Que han de tener un sentido. Lo tienen, Ralph, no le quepa duda.

—¿Y usted... sabe cuál es ese sentido? —dudó el joven, mirándole.

Yates se encogió de hombros, evasivo. Caminó hacia la salida del sótano.

—Empiezo a tener una cierta idea sobre algunas cosas —confesó—. Pero es pronto para hablar de ello. Tal vez mañana, amigo mío...

—Mañana puede ser demasiado tarde. Será domingo. El último día en esta casa. El asesino quizás planea terminar con los demás, Yates.

—Posiblemente. Pero yo no hablaba de las ocho de la tarde, en que acaba el plazo. Dejaré que el asesino crea que dispone de todo ese tiempo por delante... trataré de reducirlo lo más posible para no darle nuevas alternativas...

—Habla como si supiera mucho más de lo que sugiere. ¿Por qué me lo cuenta a mí?

¿No sospecha de mí, Yates?

—No, muchacho. No sospecho de usted —negó el detective con energía—. Es más, podría jurar una cosa: ni usted ni su madre son culpables de nada de esto. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias —suspiró el joven—. Sus palabras son un gran alivio para mí. Llegué a temer que...

—¿Que su madre hubiese traído aquí a toda esa gente para asesinarla? —negó Yates con la cabeza, sonriendo—. No, Ralph. No es eso. Su madre creo que tiene culpa de algo, pero no de eso precisamente... Bien, subamos. No debemos perder de vista a su madre demasiado tiempo. Empiezo a pensar que ahora sí peligra ella de veras... si todo es como imagino.

Salieron del sótano con rapidez. De nuevo Yates estuvo en lo

cierto al anticipar los acontecimientos.

Allá arriba, una voz de mujer gritó aguda, desgarradoramente. Ambos se miraron, palideciendo. Reconocieron la voz sin lugar a dudas.

—¡Mamá! —chilló el joven, echando a correr.

—¡Señora Perry! —voceó Yates, extrayendo su arma de fuego sin contemplaciones, y ganando en la carrera al propio joven, a quien rebasó, camino de la planta alta.

CAPÍTULO IX

Lindsay Perry yacía boca abajo en el *hall*. La sangre se escapaba por la profunda herida de su espalda, empapando sus ropas y la alfombra del vestíbulo. Yates, pistola en mano, se precipitó sobre el cuerpo, angustiado, tras comprobar que un ramillete de rostros asustados contemplaban desde la puerta del comedor la terrible escena. Los ojos de Yates se clavaron un instante en el alto techo del vestíbulo.

Desde allí había caído la lámpara sobre la señora Perry. Una lámpara no demasiado pesada para aplastar a su víctima. Pero su eje central lo formaba una barra metálica rematada en un pico que se clavaba profundamente en la carne de la mujer.

—Dios mío, la han matado... —sollozó Ralph, mortalmente pálido.

—No, no está muerta —negó Yates con alivio, tras examinarla—. Vive, pero la herida es muy profunda. Traigan el botiquín de la casa. Ralph, tendrá que ayudarme para desinfectar esta herida y vendarla.

Asintió el joven. Sue y Marley corrían ya por el botiquín. Yates extrajo con cuidado la punta del extremo de la lámpara de la espalda de ella. Comprendió por qué se le había clavado aquella punta, limándola hasta hacerla punzante como una lanza. Observó que también la argolla de arriba había sido rota intencionadamente.

—Una trampa mortal —comentó—. Prepararon la lámpara para ensartar a la señora Perry.

—¿Por qué a ella? —protestó Amanda—. Pudo ser para cualquiera de nosotros que pasara en ese momento por ahí...

—No, creo que no, señorita Lawford —rechazó Yates secamente—. He visto repetidas veces a la señora Perry detenerse justamente

ahí, bajo esa lámpara, por la sencilla razón de que ahí tiene el timbre para llamar al servicio. Nada más sencillo que, una vez manipulada la lámpara, se instalase en su argolla rota un sistema electrónico que, al pulsar ese timbre, provocaría el desprendimiento de la lámpara sobre la persona situada justamente debajo. Veamos si es así...

Yates se inclinó, pulsando el botón de llamada del servicio, sobre una repisa de mármol del vestíbulo, justo bajo el hueco que dejaba ahora la lámpara desprendida. Arriba, en el techo, se percibió un leve zumbido y algo parecido a una protuberancia en la argolla adherida a la bóveda, se agitó levemente con una vibración brusca.

—Muy ingenioso —aprobó *sir* Brian—. Desprender la lámpara por una vibración electrónica adecuada, sobre la persona que pulsaba el timbre de llamada... Diabólico ingenio el del asesino...

Yates afirmó, mientras empezaban a utilizar el botiquín que Sue y Marley habían traído. La pérdida de sangre era abundante. Alguien lamentó no poder avisar a un médico. Yates y el joven Perry lavaron y desinfectaron la profunda herida, el muchacho cosió los bordes a su madre con hilo quirúrgico, y luego procedieron a vendar su cuerpo, trasladándola cuidadosamente arriba, con una camilla improvisada con tablas de una mesa. La dejaron tendida en su lecho, respirando débilmente, lívida y sin conocimiento. Ralph empuñaba su revólver, ceñudo, cuando se sentó junto al lecho.

—Yo la velaré toda la noche, Yates —dijo con aspereza.

—Ocupo la habitación inmediata —señaló la puerta de comunicación—. Pasaré con frecuencia a verla. Cuando esté cansado o tenga sueño, le relevaré, Ralph.

—No hará falta. Podré soportarlo. Es mi madre, Yates.

—Lo sé. Por eso no me opongo a sus deseos. Pero no deje a nadie que entre aquí. A nadie en absoluto, ¿entiende?

—Descuide. Mataré a quien intente aproximarse a ella. Si tuviera a ese asesino entre mis manos, le haría trizas, Yates...

Éste no comentó nada, limitándose a asentir con la cabeza y regresando a su habitación. Cerró la puerta de comunicación. Se sentó en su cama, pistola en mano, pensativo. Esperó.

La casa fue quedando silenciosa. Se apagaron luces y sonidos.

Todo el mundo se había retirado a descansar, si es que eso era posible esta noche...

Yates miró su reloj en determinado momento. Era la una de la madrugada. Asomó al cuarto contiguo. Ralph le hizo un gesto expresivo.

—Descansa —dijo—. Tiene fiebre, pero respira con más regularidad...

—Bien. Volveré dentro de un rato —dijo a su vez Yates, cerrando de nuevo.

Ralph Perry se hubiera sorprendido de poderle ver ahora. Yates apagó la luz de su habitación. Fue a la ventana y quitó el protector de espuma. Con toda tranquilidad, aferró el pestillo y lo descorrió. Abrió la ventana. No recibió descarga alguna. Sólo un hormigueo en sus dedos, y un chisporroteo azulado cuando movió la carpintería metálica.

Yates sonrió sombríamente. Se puso sobre el alféizar de la ventana y saltó a la oscuridad exterior, perdiéndose en la noche.

* * *

La biblioteca estaba bastante concurrida para ser solamente las diez de la mañana. Allí se sentaban Amanda Lawford, Von Klein y *sir* Brian, frente a Gary Yates.

Sue Peters, la doncella pelirroja, y Adrián Marley, el mayordomo, servían en silencio los desayunos o, en su lugar, copas de oporto. Faltaban Ralph y Lindsay Perry.

—Y bien, ¿para qué diablos nos ha reunido aquí tan de mañana, Yates? —quiso saber, malhumorado, *sir* Brian Woodward.

Yates miró uno por uno a los presentes. Luego sonrió, fijando sus ojos en el retrato del mayor Kenneth Perry, sobre la chimenea.

—Quería hablar con ustedes sobre muchas cosas —dijo calmamente—. Entre otras, de un cuadro llamado San Pedro de Catania, original de Leonardo Da Vinci...

—¿A quién diablos interesa ya ese maldito cuadro, después de todo lo sucedido? —protestó Von Klein amargamente.

—Se equivoca en algo, *Herr* Von Klein —sonrió Yates—. Interesa a alguien, y mucho. Al asesino, por ejemplo. De modo que le haremos salir de dudas. ¿Permiten?

Cruzó entre ellos, se aproximó a la chimenea y descolgó el cuadro del mayor. Ante el asombro general, lo volvió del revés. Arrancó de un tirón la tela oscura que le servía de respaldó.

Hubo un grito colectivo de asombro. Un bellissimo cuadro estaba en sus manos, extraído del marco del retrato. San Pedro en el martirio, rodeado de romanos:

—¡Dios! —gritó Amanda—. ¡El Leonardo auténtico!

—Sí —sonrió Yates—. Siempre ha estado aquí: es el precio de una traición. Una de las dos obras de arte robadas en Sicilia hace más de treinta años...

—¿Y la otra? —indagó Von Klein, admirando el cuadro con estupor.

—¿La virgen? Tal vez nunca lo sepamos. Alguien adquirió esa obra por una alta suma de dinero. La suficiente para que la viuda de un espía muerto pudiera vivir en lo sucesivo con toda esplendidez.

—¡La señora Perry! —clamó Amanda—. ¡Lo sabía! ¡Ella es la culpable!

—No, mi querida señorita Lawford. Ella no asesinó a nadie. Es culpable, sí, pero de algo que ninguno de nosotros imaginó nunca: la traición que costó la vida al mayor.

—¿Qué? —bramó *sir* Brian—. ¿Ella, Lindsay, vendió a su propio marido?

—Así es, *sir* Brian. Ella sabía bien de su paradero en Catania. Lo entregó a los alemanes. Ella fue la traidora que tanto buscábamos hoy aquí. Nuestra propia anfitriona. He podido saber que estuvo en Italia por entonces, fingiendo ir a ver a su esposo. Lo que hizo, fue entregarlo al enemigo para que lo fusilaran.

—Pero ¿por qué? —resopló *sir* Brian, estupefacto—. Ella le amaba...

—Le había amado. Le amaba quizás. Pero sentía odio y celos. Supo de su idilio con Amanda Lawford, de aventuras como la que tuvo con Mariella, la esposa de Giacomo De Lucca... Ésa fue su venganza.

—Sin embargo, nos reunió aquí para desenmascarar a un traidor que ella mejor que nadie conocía y que, por tanto, sabía que no existía —apuntó Amanda—. ¿Por qué?

—Verán. La señora Perry alteró la realidad intencionadamente, para engañarnos a todos. Ella no podía buscar a ningún traidor,

porque ese traidor era ella misma. Pero es una mujer inteligente y muy aguda. De alguna forma, averiguó que las cosas, en Sicilia, no habían sucedido en el verano de 1943 tal como ella planeaba. Algo había fallado en su plan.

—¿El robo de las obras de arte? —sugirió Von Klein.

—Más que eso, *Herr* Von Klein —sonrió tristemente Yates—. Ciertamente el mayor había robado esas obras en su beneficio, pero le fueron robadas a su vez por alguien. ¿Quién se las quitó? Su propia esposa, que las obtuvo como premio de su traición, de manos de un agente secreto alemán en Sicilia. Más tarde, supo que algo no era como ella imaginaba.

—¿Qué, exactamente? —indagó *sir* Brian.

—El hombre muerto en Sicilia, el espía acribillado a balazos por una patrulla alemana...

NO ERA SU ESPOSO.

—¿Qué? —bramó Von Klein, estupefacto.

—Recuerde: usted no conocía personalmente al mayor Perry. Y el cadáver estaba desfigurado por balazos en pleno rostro. El mayor era un espía muy hábil y astuto. Supo a tiempo de la traición de su esposa y planeó la fuga. Logró vestir con sus ropas de falso militar alemán a otra persona cuya identidad quizás no sepamos nunca, y la hizo acribillar a balazos. Tal vez él mismo completó la tarea de los soldados nazis, llenando de balas su rostro para fingir mejor su muerte.

—Entonces, el mayor sobrevivió...

—Sí, *sir* Brian. Sobrevivió, pero optó por cambiar de identidad, de aspecto... Para un hombre como él, eso era tarea sencilla: una intervención de cirugía plástica, engordar ligeramente, teñir su cabello y usar lentillas... Pasados los años, nadie reconocería en él al mayor Perry. Ni siquiera su propia esposa, aunque lo tuviera delante de sí día tras día. Es evidente que el mayor Perry no sólo cometió aquel robo sacrílego en Sicilia, sino que tendría bienes, fruto de otras pillerías semejantes. Sabemos muy bien ahora que distaba mucho de ser el héroe que la señora Perry pretendía ofrecernos con su imagen. Viviendo otra existencia, planeó cuidadosamente, sin prisa alguna, su venganza en un futuro. Y he aquí que su esposa, que conocedora de que él existía aún y vivía en alguna parte, al planear este juego de invitar a cenar a un puñado

de presuntos traidores, le facilitó las cosas.

—¿Pero para qué nos invitó ella aquí? —insistió Amanda Lawford.

—Para buscar a su esposo, no a un traidor inexistente. Esperaba, a través de información ajena, ir localizando a su desaparecido marido. Creo que tenía miedo y deseaba encontrarle para deshacerse de él de modo definitivo. En ese juego, quizás yo mismo iba a ser un juguete en sus manos. Pero le falló todo... porque su marido se le anticipó. Vigilándola de cerca, supo que iba a realizar este plan, y él lo arregló todo a su manera, para vengarse de cuantos consideraba responsables de su posible trágico final en Italia. El sabía que ustedes, de un modo u otro, le entregaban virtualmente en manos de los alemanes. Murray sería quien se llevaría la gloria, el general Evans y usted, *sir* Brian, le habían enviado a morir como un simple cebo, y eso él no lo perdonó nunca, como no perdonó la traición de su esposa y el haber sido expoliado por ella.

—De modo que el asesino...

—El asesino, señores, ES EL PROPIO MAYOR KENNETH PERRY —afirmó Yates fríamente.

—¡Pero eso es ridículo! —protestó *sir* Brian—. Ninguno de nosotros es el mayor...

—En eso se equivoca, *sir* Brian —rió duramente Yates—. Ahí tienen al mayor Perry en persona...

Y señaló al mayordomo Adrián Marley, que pegó un respingo, mirándole con sobresalto. Sue gritó, apartándose del criado.

—Ya ven —suspiró Yates con ironía—. Como en las viejas novelas inglesas, Marley. El asesino es el mayordomo una vez más... Sólo que el mayordomo nunca existió, porque Adrián Marley era la falsa personalidad actual del mayor Perry, el asesino vengador...

Marley trató de escapar. Yates le encañonó con su automática.

—Será inútil que intente nada —le avisó—. La casa está rodeada de policía.

—¡Miente! —masculló Marley, muy pálido—. Nadie puede saber lo que ocurre aquí...

—No sea necio, Perry. ¿Es que su esposa pudo engañarle también a usted con ese absurdo truco de la corriente de alta

tensión? Eso no existía más que en su juego. No hubo nunca alta tensión. Me di cuenta de ello anoche, cuando ella me miró de un modo significativo, aunque sin confesarlo. Esta noche salí de esta casa secretamente y avisé a la policía. Ralph Perry y su madre también fueron evacuados de madrugada por una ventana, y ahora ella está hospitalizada y a salvo, aunque deberá responder de muchas cosas que forman esta vieja historia... En cuanto a usted, Marley, Scotland Yard ya le espera... ¿O prefiere que le llame ya mayor Perry?

—Váyase al diablo —masculló el acusado—. ¿Cómo supo que era yo?

—Simple deducción. Usted me confesó que Murray le había llamado, pero no dijo toda la verdad. Murray era un agente muy listo. Le identificó. Usted, por si alguien le había visto entrar en su alcoba, me contó esa historia. Eso me hizo pensar que fue usted su asesino. Después, el truco de la lámpara me confirmó que usted era el culpable, porque era quien más ocasión y tiempo tuvo para preparar el plan, así como para surtirse de veneno al venir aquí como fingido mayordomo. En buena lógica, sólo el mayor Perry podía tener interés en matar a quienes le engañaron entonces. Y así deduje que usted era Perry. Ahora ya lo sabe todo, mayor. Espero que éste sea el fin de la historia de un héroe... que nunca lo fue. Ustedes, naturalmente, pueden irse cuando quieran, aunque la policía supongo que les hará algunas preguntas...

Se alejó Yates lentamente, con expresión pensativa. Sue le alcanzó, tomándole de un brazo.

—Yates..., ¿qué va a hacer ahora? —preguntó.

—Volver a Londres, a mi trabajo habitual —sonrió Gary—. ¿Y usted? —Aún no lo sé...

—Entonces, le ofrezco empleo: sea mi secretaria, Sue. Me gusta una secretar pelirroja y bonita, como usted...

—¿Está seguro de que no se arrepentirá de darme ese trabajo? —musitó ella.

—Veremos. Si me arrepiento algún día... te pediré que te cases conmigo —dijo él riendo.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.